



Año XXXI.

Madrid, Jueves 14 de Diciembre de 1911.

Núm. 47.

La bandera del náufrago

Cuestión previa

¿Creen, ó no creen los republicanos que debe combatirse al clericalismo?

¿No? Pues no paren mientes en cuanto voy á decir.

¿Sí? Pues obren en consecuencia.

Pecho al agua

Cuando me negué á aceptar la suscripción iniciada en *El Liberal* para sufragar los gastos de las multas que se me han impuesto, creía que á lo sumo ascenderían, con las costas, á unas quinientas pesetas, amén de la pérdida del depósito; cantidad que habría yo podido pagar sin gran apuro.

Enterado hoy de que ascenderán á unas tres mil pesetas próximamente, y siendo ya éstas palabras mayores para mí, me atrevo á rogar á *El Liberal*, *El País*, *España Nueva*, *España Libre* y á cuantos periódicos republicanos hayan hablado ó quieran hablar del asunto, que digan á sus lectores:

Que aceptaré cualquiera suma que se me envíe, siempre que se me permita devolverla en *Libros*, *Folletos*, *Hojitas*, ó *Láminas* á mitad de precio, como ya indiqué al rechazar la suscripción.

Y que no se tome á quijotismo ridículo ni á vanidad necia esta mi manera de proceder; porque aun vendiendo á ese precio lo que tengo, sacaré para pagar las multas y seguir la propaganda. La cuestión está en salir del paso ahora y poder seguir luchando luego. Lo demás me importa poco. Aspiro al honor de morir en condiciones de que tengan que pagarme los correligionarios el entierro.

Y so' todo ya lo más difícil, charlemos con calma un rato.

Confidencias

Hace tiempo venía yo halagando unas veces y rechazando otras la idea de decir á mis correligionarios:

«Ayúdenme ustedes á ensanchar y extender la propaganda anticlerical, porque no puedo ya sostenerla solo. *El Motín* vive bien; como nunca; tira 22.000 ejemplares. Lo que me sobra después de cubrir gastos, lo aplico á la propaganda; pero como los correligio-

narios no responden en la medida que necesito, voy almacenando papel y amontonando déficits.

Porque es ya hora de hablar claro. La verdadera situación es esta; sin rodeos:

Un día publico folletos, de los que comienzo vendiendo veinte mil, y acabo colocando mil ochocientos.

Otro día invento *Hojitas Piadosas*, que desde cien mil, descienden á veintitantas mil.

Tiro en cartulina las Láminas de la Inquisición, creyendo que me las pedirían para colocarlas en Casinos y Comités, y las tengo casi intactas.

Y á este tenor todo.

Y por no poder continuar soportando estos gastos, cesé hace meses en la publicación de *Libros*, *Hojitas* y *Folletos*.

Sí, todo eso pensaba decir á mis correligionarios, mas no me atrevía.

Y se explica mi vacilación: sabía cuánto se ha abusado de su generosidad con diversos pretextos, y no quería imponerles nuevos sacrificios.

Pero han llegado las cosas á un punto, que después de muchas vacilaciones, he decidido salir de esta situación insostenible; ó intentarlo, por lo menos.

¿Responden al llamamiento los republicanos? Adelante. ¿No? Pues en su lugar descanso.

No creo que dejen de responder: al contrario, sospecho que irán más allá de donde pienso. Mas si me equivocaré...

Peor para ellos.

Yo, mal que bien, iría trampeando con *El Motín*, y quedaría para todos como un hombre que luchó constantemente sin pedirle al partido nada, ni aceptar lo que quiso darle. Y hasta si *El Motín* muriese mañana, no me faltaría un rincón donde enorgullecerme, á solas con el amigo que me lo cediera, de la labor que había hecho.

Mientras ellos...

Mas ¿qué hablar de esto, si no puede ocurrir?

Los clericales y yo

Al pensar en lo que los clericales hacen *sablanceando* á todo el mundo, y lo que hago yo con los escasos recursos de que dispongo, me digo: «¿Qué no intentaría, si durante un año siquiera dispusiese de la centésima parte de lo que ellos reúnen en una semana?»

Porque hay que fijarse bien.

Ellos tienen lo menos *cien mil* individuos dedicados á pedir constantemente dinero á los suyos; ya en pastorales, ya en sermones, ya en periódicos; en

público y en secreto; en el altar y en el confesonario. Ellos forman juntas de señoras con este objeto exclusivo. Ellos abren suscripciones en las parroquias. Ellos ponen cepillos en las iglesias y en sus círculos. Cada fraile es una boca abierta y una mano tendida. Y pareciéndoles poco aún, acosan en su domicilio á cuantos sospechan que pueden ayudarles á sostener y difundir sus libros, sus folletos, sus hojitas...

Yo, en cambio, tengo que andar echando diariamente cuentas para calcular si el mes que viene, en que vence el trimestre, me sobrarán unas pesetas para acabar tal libro que tengo comenzado; y llega el trimestre, y aplazo la publicación hasta el otro, en que suele ocurrirme lo mismo.

Yo, para poder publicar los *Folletos* y las *Hojitas*, tuve que hacer lo que ahora: ofrecer libros á mitad de precio; es mi supremo recurso siempre que hago una propaganda nueva. Por esto estoy tan ducho en estas atrevidas operaciones de Bolsa.

Y á pesar de esto, compárese la labor de los clericales con la mía.

Aunque no es necesario: basta ver el tenaz empeño que ponen en contrarrestarla por todos los medios. Les preocupa más acabar conmigo, que con todos los demás anticlericales; no porque mi campaña sea mejor ó peor, sino porque pongo en ella todo lo que soy, lo que valgo y lo que tengo; la voluntad sobre todo. Y la voluntad, cuando es grande y firme, suple la falta de otras cualidades.

Una y no más

Hubiera podido, ya lo sé, y á qué poca costa!, ponerme en condiciones de insolvencia, para haberles dicho á los clericales cuando llegaran á embargar-me: «no tengo ni un libro donde reclinar mi cabeza». Mas no he querido hacerlo. El placer de chasquearlos, no me habría compensado del descontento que la mentira me hubiera producido.

Eso, sí; en adelante no me embargarán nada. Como lo que tenga no será ya moralmente mío, sino de quienes hayan contribuido á que lo haga y lo administre, ya me las arreglaré para salvarlo.

Cuestión secundaria

Dando por supuesto que los republicanos reconocerán la urgencia de ensanchar la propaganda, les digo ahora:

Si creen que hay otro individuo, ó entidad, capaz de hacerla mejor que yo, pongan en sus manos los recursos que reúnan, y ayúdenle; pero de veras,

y con constancia sobre todo; y además con decisión y valentía, cual lo hicieron los grupos de jóvenes que se formaron en varias poblaciones (muy pocas) para repartir las *Hojitas Piadosas*.

Hay que hacerla de ese modo, si queremos que dé los frutos apetecidos; y de no, resignémonos á morir asfixiados bajo el peso de las calumnias y las infamias que los clericales lanzan contra nosotros en esos impresos que hacen llegar hasta los rincones más apartados; impresos que intenté yo anular con las *Hojitas* y los *Folletos*.

Y si entrando en tan pocos sitios conseguí que la prensa clerical y los Boletines eclesiásticos no se ocuparan casi de otra cosa que de combatirlos; y que curas, frailes y hasta obispos no eligieran otros temas para sus sermones; y que las damas católicas se olvidaran hasta de sus devociones para dedicarse á visitar jueces y autoridades en demanda de que prohibieran la circulación de las *Hojitas* y me procesaran de paso, ¿qué no habría ocurrido si logro difundirlas más?

Mas ¡ay! todo aquello se malogró, por haber todavía republicanos que no comprenden la formidable fuerza de aquella frase de Víctor Hugo: «*Esto matará aquello*»: «La imprenta matará á la Iglesia».

En cambio los clericales, que siempre la maldijeron y la condenaron, convencidos al fin de cuán grande es su poder, la utilizan contra nosotros de la manera villana que vemos, colocando á Gutenberg sobre Cristo, y confiando más en la eficacia de una cuartilla de papel impresa, que en la palabra divina lanzada por boca de los Bosuet modernos.

La bandera

Queda clavada en la peña más alta de la isla rocosa en que voluntariamente estoy recluso.

Y yo reposando tranquilamente á su sombra, en la seguridad de que todos los barcos que naveguen con patente limpia por los mares del anticlericalismo, y la vean, cumplirán con su deber.

JOSÉ NAKENS

OBRAS DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACIÓN

DE JOSE NAKENS

A DOS PESETAS

CUADROS DE MISERIA.—DEGRADACIONES Y COBARDÍAS.—CARTAS Y DEDICATORIAS.—MI PASO POR LA CÁRCEL.—HUMORISMO ANTICLERICAL.—PUÑADO DE IRONÍAS.—LA CELDA NÚMERO 7.

A PESETA

ESPEJO MORAL DE CLÉRIGOS (Manojos de flores místicas), primer tomo.

TEATRALES: DIOS, PATRIA Y REY.—Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO.—¡OJO AL CRISTO!

DE VARIOS AUTORES

A SESENTA CÉNTIMOS

ADÓNDE CONDUCE EL SOCIALISMO, por Eugenio Ritcher.

A PESETA

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS, por R. H. de Ibarreta.—LAS RUINAS DE PALMIRA, por Volney.—CIENCIA Y RELIGIÓN, por Malvert.—EL CITADOR, por Pigault-Lebrun.—LA GUERRA DE LOS DIOS, por Evaristo Parry.—LA RELIGIÓN NATURAL, por el cura Juan Meslier.—EL TESTAMENTO DE JUAN MESLIER.—LA SIENA DE IGÚZQUIZA, por Alejandro Sawa.—LA SERPIENTE NEGRA, por Gabriel Merino.—PROCESO Y FIN DEL CELIBATO EN ESPAÑA, por S. Pey Ordeix.

A DOS PESETAS

MORAL JESUITICA, por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús. (Obra pornográfica.)

A TRES PESETAS

MIGUEL SERVET, por S. Pey Ordeix.

A CUATRO PESETAS

LA IGLESIA Y LA MORAL, por Dom Jacobus, dos tomos.

BIBLIOTECA DEL APOSTOLADO DE LA VERDAD

Colección de folletos anticlericales á 15 céntimos.

Primera serie

1.º LA VUELTA DE CRISTO, por José Nakens.—2.º LA LUJURIA DEL CLERO, según los Concilios.—3.º EL DIABLO, por Roberto Robert.—4.º CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.—5.º EL ROMANCERO ANTICLERICAL, por varios autores.—6.º PUEBLO Y ARISTOCRACIA, por Pey Ordeix.—7.º HISTORIAS DE LA CORTE CELESTIAL, por Narciso Campillo (primer folleto).—8.º MÓNITA SECRETA DE LOS JESUITAS.—9.º A UNA MADRE, por Ramón Chies.—10. LA DEMOCRACIA Y LA IGLESIA, por Potvin.

Segunda serie

1.º DIOS, por Suñer y Capdevila.—2.º LOS MILAGROS, por Roberto Robert.—3.º LO QUE SE COMEN LOS CURAS, por Fray Gerundio.—4.º VIAJE AL INFIERNO, por José Nakens.—5.º LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA, por Edmundo González Blanco.—6.º LA PAPIZA JUANA, por Julio F. Mateo.—7.º SONETOS PIADOSOS, por varios.—8.º LAS 67 PREGUNTAS, por el célebre teólogo Zapata.—9.º HISTORIAS DE LA CORTE CELESTIAL, por Narciso Campillo (segundo folleto).—10. FRAILES AL DESNUDO.

Tercera serie

LA MORAL Y LA IGLESIA.—LAS COSTUMBRES Y LA IGLESIA.—LA MISERIA Y LA IGLESIA.—LA RIQUEZA Y LA IGLESIA.—LA ESCLAVITUD Y LA IGLESIA.—LA IGNORANCIA Y LA IGLESIA.—EL CRIMEN Y LA IGLESIA.—LA MUJER Y LA IGLESIA.—LA FAMILIA Y LA IGLESIA.—EL CELIBATO Y LA IGLESIA.—LA POLÍTICA Y LA IGLESIA, todos por Dom Jacobus.

De *El Apostolado de la Verdad* hay colecciones encuadernadas de cada serie, á 1,25.

COLECCION DE FIERAS CLERICALES

Folletos-biografías de cabecillas carlistas. Van publicados:

EL CURA SANTA CRUZ.—SABALLS Y CUCALA.—ROSAS SAMANIEGO Y JERGÓN.—D. ALFONSO Y D.ª NIEVES.—EL CONDE DE ESPAÑA.—CABRERA.—ZUMALACÁRRER.—DORREGARAY.

Cada folleto 15 céntimos.

HOJITAS PIADOSAS

¡Abajo las escuelas laicas!—La mujer en la Iglesia.—¿Por qué no te confesas?—Los escapularios.—¡Católicos, alerta con las Hojas!—La Santa Misión.—La Comunión.—Acción anticlerical.—¡Clero secular, á defenderse!—¡Muera Satán!—La confesión de Sor Margarita.—¿Por qué no he de ser monja?—El Santo celibato.—La Santa vocación—Marta, Madre de Dios.

HOJITAS IGNACIANAS

Espíritu de San Ignacio de Loyola.—Los dolores y gozos de San Ignacio.—La dirección espiritual.

HOJITAS MORALES

Diadema de perlas.—La Santa castidad.—Mensaje del Angel de la Guarda.

HOJITAS CUARESMALES

Meditación sobre la comedia humana.—Miércoles de Ceniza.—Jesús en el Tibidabo.—Las Compañías de Jesús.—Los calumniadores de Jesús.—Las verdaderas romerías y peregrinaciones.—Cristo es arrojado del templo.—¡Cristo vence!—Cristo reinat!—Cristo imperat!—La Santa Eucaristía.—Sermón del mandato.—¡Aleluya!

L'Aples (en catalán).

Cada cien Hojitas, de cualquier clase, 65 céntimos, y cinco pesetas el millar.

LÁMINAS EN CARTULINA

A PESETA

Retrato de José Nakens.

A CINCUENTA CÉNTIMOS

Auto de Fe celebrado en 1680 en la plaza Mayor de Madrid. (Copia de un cuadro de Ricci, Museo del Prado.)

Los tormentos que aplicaba la Inquisición.

El inquisidor general Pedro Arbúes condenando á la hoguera á una familia de herejes (Cuadro de Guillermo Kaulbach)

A VEINTICINCO CÉNTIMOS

Auto de Fe, presidido por Santo Domingo de Guzmán. (Cuadro de Berruete, Museo del Prado.)—Fusilamiento de Rizal, en Filipinas.—El quemadero.—El tormento de la polea.—La Saint-Barthélémy.—El tormento del aspa.—Auto de Fe en España, en la Edad Media. (Cuadro de Robert Fleury.)—Abjuración de Galileo. (Cuadro de Robert Fleury en el Museo del Luxemburgo.)—Los emparedados de Carcasón.—Jordano Bruno ante sus jueces.—El tormento del caballete.—Tres láminas más, con un aparato de tormento y sus aplicaciones.—Jóvenes quemadas vivas en Valladolid.—El doctor Cazalla en el tormento.—Suplicio de Ar-

naldo de Brescia.—Jerónimo de Praga en el tormento.—Asesinato del gobernador civil de Burgos por los clericales en 1869.

A DIEZ CÉNTIMOS

Nakens crucificado por los clericales. Jesuitas fabricando bombas, y monjas embarazadas.

GRANITOS DE ORO

Un pliego engomado para poder pegar cada granito donde convenga: dos céntimos.

Advertencia administrativa

Agradecería á todos los que debiesen algo á esta Administración, que se pusieran al corriente cuanto antes.

Ya comprenderán, leyendo este número, las razones que me obligan á recordárselo.

LA CURIOSIDAD

Ella perdió á Eva y me ha perturbado á mí.

¡Escarmentad en cabeza de ambos, mortales curiosos!

Quise saber si las caricaturas que habían circulado sin tropiezo durante treinta años, podían seguir publicándose con este gobierno democrático, y, ¡toma curiosidad!, tres sentencias condenatorias me han dicho que no.

Recomiendo á mis lectores que se dejen de curiosidades de esta índole, si antes no tuvieron la precaución de hacerse ricos.

De serlo yo hoy, apenas si iba á divertirme. Mi dinero me costaría, pero ¡cheche usted buenos ratos!

¿No les gustaban á los clericales esas caricaturas? Pues todas las semanas caricaturas de esas.

¿Citación al Juzgado? A la hora fija allí.

¿Condena? Con *cicatrizar* la multa, que no podría exceder del máximo, en paz y jugando.

Y hasta otra.

Pero, ¡ay!, no puedo hacerlo. Me he pasado la vida metiéndome en lo que no me importaba, aun estando en el secreto de que el dinero es indispensable para todo, hasta para trabajar por la redención de los que la necesitan, y ahora sufro las consecuencias. ¡*Tarde piacer!*...

Mas lo peor del asunto no es esto; sino que de algunos días á esta parte no me encuentro bien. Y se comprende: tanto ajeteo y tantas preocupaciones á mis años, tenían por fuerza que influir desastrosamente en mi salud.

A la verdad, no sé qué tengo; es algo así parecido á una sed muy grande... sed que no es de agua, ni de cerveza,

ni de vino; pero sí muy intensa, muy horrible...

He estado por consultar á un médico, mas no me he atrevido: á mi edad se vacila mucho antes de ponerse al habla con un grave señor de esos, por no escuchar alguna palabra equívoca que le quite á uno la ilusión de que va á ser eterno.

Y si mal estoy de día, no digo nada de noche. Tardo horas en dormirme, y cuando lo consigo ¡sueño unos disparates!...

Unas veces se me ocurre, que si tuviera hoy un crucifijo de oro del tamaño del San Cristóbal pintado en un muro de la catedral de Toledo, me convertiría en Judas, para dedicar el importe de su venta á hacer libros, folletos, hojitas, etc., etc.; pero sin ahorcarme después.

Otras, que si el diablo no hubiera tenido que renunciar, por falta de metálico, al trapicheo de comprar almas á que se dedicaba en la Edad Media, le ofreciera hoy la mía á cambio de cuatro ó cinco mil duros.

Otras grito con el rey Ricardo (*Cora-zón de león*): «¡Mi reino por un caballo!»

Otras me explico que Josué se atreviera á pedirle á Dios que parase el sol para acabar con sus enemigos...

Otras comprendo y admiro al bandido José María, al usurero Sylok, y, ¡pámenle ustedes! ¡hasta á los jesuitas!, por haberse enterado á tiempo de la gran filosofía que encierra esta máxima: «Tuyo ó ajeno, nunca vayas sin dinero.»

Otras...

Mas cortaré aquí. Llenaría el número si fuese á relatar los absurdos y las extravagancias que sueño, para despertar luego con las fauces más secas, la sed más viva.....

En mi deseo de averiguar las causas de este mal que padezco, he llegado á sospechar si serán estos los síntomas de esa enfermedad terrible que causa hoy tantas víctimas en España, especialmente entre las gentes que tienen por oficio creer en Dios: la sed de oro.

Pero he recordado que esa sed no ataca jamás á los tontos consuetudinarios, y me he tranquilizado por completo.....

Y ahora, perdónenme mis lectores por haber intercalado esta sonrisa en este número. Resultaba un poco serioso, y un mucho antipático...

Como lo es siempre todo lo que se roza con la falta de ochavos.

Los clericales

Cada día más jubilosos con la sentencia del Tribunal Supremo. En todos sus periódicos se desatan en alabanzas á la justicia y en improperios á mí. Que no agoten el manantial del regocijo, no sea que lo encuentren seco el día que don

Jaime haga su entrada triunfal en Madrid: un día de estos.

Tengan calma los perforados del anodino cerebro, no haga el diablo que sea yo el último que ría.

Y para que vean que los quiero bien, á pesar de todo, voy á darles unos consejos higiénicos.

Cuando se presenten en esta redacción á embargar los libros, vengán provistos de medallas y escapularios preservadores contra las asechanzas del demonio, no sea que vayan á perder sus almas por venir á buscar dinero. Ya sé que por dinero venden todos ellos su alma al diablo; mas no quisiera que hiciesen el trato ese en mi casa.

Vengán todos perfumados como luis ó koska que va á visitar un marista, ó como beata guapota que corre á platicar con un jesuita; así podrán contrarrestar el olor á azufre que constantemente se aspira en esta redacción.

Entren santiguándose y cantando al son de tres pipo-ros el *de profundis*, para alegrar á los vecinos é incitar á las domésticas á bailarse una *matchicha* macabra.

Traigan tenazas muy largas para coger los libros, no sea que se les quemén las manitas que tantas veces levantaron las faldas del cura al ayudar á misa.

Y luego de contar los libros y extender el acta de costumbre, hagan que carguen con ellos los frailes que hayan alquilado como mozos de cuerda, para que vayan echándolos en el coche del obispo, que deberá estar á la puerta tirado por dos conspicuos de la Defensa Social.

Después...

Después depositenlos donde quieran y hagan con ellos lo que se les antoje, que seguramente será quemarlos.....

Imagínome lo que ocurrirá el día señalado para el auto de fe. Diera el ojo sano de un fraile tuerto por presentarlo.

¡Libros, folletos, hojitas, láminas y cartulinas ardiendo en una gran pira, mientras ellos, locos, frenéticos, sacudiendo las nostalgias del último siglo en que no pudieron ni aplicar tormentos, ni confiscar bienes, ni destruir libros, ni quemar hombres, dan vivas á don Jaime.

¡Un obispo por aquí, metiendo su báculo entre las hojas de una *Religión al alcance de todos*, para que, ahuecada, se reduzca más pronto á cenizas!...

¡Un dominico por allá, remedando actitudes de Pedro Arbués y abriendo las narices para aspirar voluptuosamente el humo del papel, con el ansia que sus antepasados las emanaciones de la sangre...

¡Un jesuita disimulando mal la sonrisa que asoma á sus labios al ver que las llamas lamen mi nombre, estampado en la cubierta de un *Manejo de flores místicas!*...

Y a este tenor todos; franciscanos, agustinos, maristas, carmelitas, capu-

chinos, paules, trinitarios, oblatos, camilos, redentoristas y demás individuos de la fauna frailuna; niños koskas, niños luises; reparadoras (y no de calce-
tines), adoradoras nocturnas (ellas sa-
brán de quién). Hijas de María (muy
queridas de sus párrocos) Hermanas de
la Caridad (con remordimientos) de to-
das castas, pelos y divisas; en fin, nu-
merosos individuos de los tres sexos
clericales: el masculino, el femenino, y
el otro.

Los unos maldiciéndome; los otros
soñando con el día en que los demócra-
tas les permitan hacer conmigo lo que
con mis libros; húmedos los ojos por
los vapores del odio que sube de sus
entrañas y entonando todos himnos al
dios de las venganzas...

¡Y luego, acabado el auto de fe, y á
invitación de un padre jesuita, caer to-
dos de rodillas pidiendo al Dios de las
Misericordias que se apiade de mi po-
bre alma, en tanto que el viento es-
parce por el espacio las cenizas de
aquellos mis libros, concebidos con tan-
to cariño, escritos con tan altos pro-
pósitos, editados con tantas fatigas!...

¡Y más tarde, satisfechos de haber
cumplido con todos sus deberes de bue-
nos católicos en la medida de lo posi-
ble hoy, esto es, vomitando maldiciones
y quemando libros, buscar cada oveja
su pareja, perpetua ó accidental, y desfil-
lar santamente, unos hacia el templo,
otros hacia un cine, algunos hacia un
comodoro, y varios hacia una casa de esas
donde las palabras pudor, recato y ho-
nestidad no son comprendidas...

¡Oh, lo repito; daría por ver ese gran-
dioso espectáculo, no ya el ojo sano de
un fraile tuerto, todos los ojos de todos
los frailes que existen en el Universo
Mundo!

Exceptuando otro espectáculo, el de
ver á quinientos obispos, mil canónigos,
cinco mil curas y veinte mil frailes tra-
bajando en una carretera con picos, pa-
las, espuelas y azadones, no me satis-
faría ninguno tanto como el de asistir
á la quema de mis libros.

Humorismo anticlerical

El por qué

Ofrecí hace tres números decirle á un
correligionario que me interrogaba, por
qué no me había ido del partido repu-
blicano en vista de que casi nunca es-
taba de acuerdo con los jefes, y voy á
cumplir mi oferta.

No me he ido, porque mis convic-
ciones no dependen de la conducta que si-
gan los demás.

No me he ido, porque se necesita en
todos los partidos uno que encienda el
faro de la Verdad, para impedir que se
estrelle el buque del Ideal contra los es-

collos de la Mentira en las cerrazones
del Buen Sentido.

No me he ido, porque quiero ense-
ñar con mi ejemplo á los que vacilan,
que hay algo superior á la convenien-
cia, y es el decoro.

No me he ido, porque el centinela no
debe abandonar su puesto si no con la
vida, y yo me he prestado voluntaria-
mente á desempeñar ese servicio en el
republicanismo, para dar la voz de jale-
ta! siempre que se acerque el enemigo
mientras el ejército duerme descuidado.

Y no me he ido, en fin, porque, aun
cuando en ocasiones me avergüencen
los actos de los *menos*, me enorgullecen
constantemente la fe, la constancia y los
sacrificios de los *más*.

Por eso no me he ido.

¡A buscarlo!

¿Sabe alguno de mis lectores por
dónde anda el partido republicano?

Porque se oye hablar del partido ra-
dical, del federal, del progresista, del
conservador en proyecto, de la Unión,
de la Conjunción, pero nadie nombra ni
por casualidad al partido republicano.

¿Es que se ha retirado á llorar ingra-
titudes ó vergüenzas en un rincón ig-
norado?

Busquémosle, busquémosle á toda
prisa, sin descansar hasta encontrarle;
y si llora ingratitudes, consolemosle,
procuremos que recobre sus bríos para
acabar con todas esas Sucursales que
ostentan indebidamente su nombre, has-
ta hacerlas entender que él es el úni-
co *sustantivo*; y que hoy los *adjetivos*,
en vez de calificarlo y determinarlo, sir-
ven sólo para mixtificar su verdadera
significación.

Los de antes y los de ahora

¡Se me ocurren á veces unas tonte-
rías!

¡Pues no siento á menudo compasión
de los jóvenes con talento por lo que
ven ahora en política, pero mucho más
por lo que no han visto!

Y no es porque yo crea que
antiguamente eran dulces,
todas las aguas del mar,

es decir, que los políticos de antaño
eran modelo de virtudes cívicas y de
rectitud moral en todos los momentos;
no; tenían los mismos defectos y las
mismas pasiones que los de hoy. ¡Pero
se arrancaban á lo mejor por unos re-
gistros tan hermosos!

Me refiero á los que trabajaron por
derribar el trono de doña Isabel II, y
que en menos de tres años hicieron el
movimiento de Villarejo de Silvanés,
en Enero de 1866; el del 22 de Junio
del mismo año en Madrid; el de Agosto
de 1867 en Llinás de Marcuello, y, por
último, la revolución en Septiembre
de 1868.

Nosotros en cambio, desde 1886 has-
ta hoy ¡25 años!, no hemos hecho nada
por iniciativa de los que dirigen el par-
tido, como no sea pronunciar discursos
elocuentísimos en Congresos y mitins,

celebrar banquetes, dar bailes de más
caras en los Casinos, tocar *La Marse-
llesa* al recibir á los jefes, intrigar por
ser concejales y diputados, dar por
muerta la monarquía cada cinco minu-
tos, y otras heroicidades parecidas,
mientras la ruina de España aumenta-
ba, el clericalismo crecía, el pueblo tra-
bajador emigraba y las Colonias se per-
dían, todo al compás de vivas á la Re-
pública y vivas á Fulano ó Mengano.

No puede negarse, no: hay alguna
diferencia entre éstos y aquéllos hom-
bres.

La infalibilidad

Si en alguna de las muchas veces que
me he burlado de los que creen en la
Infalibilidad del Papa, alguien me hu-
biera dicho que llegaría momento en
que los disculpara, seguramente me hu-
biera reído de la profecía. Y, sin embar-
go, ese momento ha llegado.

Considero, hoy como ayer, que es
absurdo creer en Infalibilidades; pero
cuando le presentan á las gentes de
poco meollo una Infalibilidad con tiara
en la cabeza, zapatillas con brillantes en
los pies, ropaje riquísimo, sentada en
un magnífico trono colcado en una
extensa sala de un soberbio palacio, ha-
blando en nombre de un ser desconoci-
do, pero al que pintan Todopoderoso,
Hacedor de mundos y soles, ¿qué dia-
blos?, hay que ser un poco tolerante
con los necios que admiten esa Infali-
bilidad.

Lo que no se comprende, es que ha-
ya quien crea en esas otras Infalibili-
dades que se presentan en el escenario de
un teatro, ó en un balcón, de americana,
ó levita á lo sumo, hablando como los
demás mortales, é interrumpiendo su
discurso á lo mejor para beber un poco
de agua con azucarillo. Y, no obstante,
hay quien cree en ellas. ¡Y con una fe!...

Pues habrán mis lectores observado,
que pasa por Infalible entre sus adep-
tos todo ciudadano que forma rancho
aparte en nuestro partido y ofrece traer
la República al día siguiente; ese día si-
guiente que nunca llega.

El ideal

No sé quien ha dicho (quizás yo) que
no hay amargura comparable á la del
hombre que se sacrifica por un ideal, al
ver que otros lo deshonoran ó lo ex-
plotan.

Si fué otro quien lo dijo, allá él; mas
si fuí yo, añadiré esa necesidad á las mu-
chas que he dicho.

¡El ideal! ¿Para quién existe, si es que
existe realmente? Para cuatro desdicha-
dos que creen que don Quijote vivió y
que Dulcinea no fué una invención de
su dislocada fantasía.

¡Lo real!... ¡Lo real!... Es lo único dig-
no de ocupar los instantes todos del
hombre bien equilibrado. Una Maritor-
nes oliendo á ajos, pero viva y efectiva,
vale más que cien Dulcineas soñadas.

En cuanto me entere si están en ma-
yoría los académicos con sentido co-

mún, les pediré que borren la palabra ideal del Diccionario.

De este modo se evitará que sean señalados como explotadores del Ideal muchos políticos, y que cuatro tontos se sacrifiquen por rendir culto á una palabra imaginaria, que los coloca al nivel de los que pretendieran comerse en pepitoria un ave Fénix.

Únicamente los clericales tienen derecho á explotar y deshorrar lo que no existe.

Tiempo al tiempo

«El tiempo y yo contra todos» dicen que dijo aquel rey tenebroso llamado Felipe II; frase que hoy hago mía para decirle á los correligionarios que se enfadan porque alguna vez aludo, y no en son de alabanza, á sus milagrosos fetiches:

«Ya me daréis la razón.»

La lámina de hoy

El 1.º de Enero de 1869. D. Manuel Ruiz Zorrilla, ministro de Fomento del Gobierno provisional, publicó este decreto:

Art 1.º El Estado, y en su nombre el ministro de Fomento, se incautará de todos los archivos, bibliotecas, gabinetes y demás colecciones de objetos de ciencia, arte ó literatura que con cualquier nombre, estén hoy á cargo de las catedrales, cabildos, monasterios ú órdenes militares.

Art. 2.º Esta riqueza será considerada como nacional, y puesta al servicio público en cuanto se clasifique, en las bibliotecas, archivos y Museos nacionales.

Art. 3.º Continuarán en poder del clero, las bibliotecas de los Seminarios. Madrid primero de Enero de mil ochocientos sesenta y nueve.—El ministro de Fomento, Manuel Ruiz Zorrilla.

Que el decreto era justo y necesario, pruébalo el que desde entonces acá han desaparecido de las catedrales y las iglesias libros y documentos que valen un tesoro.

Señalado el día 25 del mismo mes, para que los gobernadores lo cumplimentaran ajustándose á las instrucciones que les dió, presentóse en la catedral el de Burgos, D. Isidoro Gutierrez de Castro, y...

Dejemos la palabra á un historiador:

«El decreto de Ruiz Zorrilla colmó la indignación del clero, y secretamente, canónigos y curas excitaron al pueblo hablándole de saqueos, expoliaciones y despojos.

La falsa noticia de que el gobierno pretendía apoderarse de las joyas de la catedral, corrió por la población en un estremecimiento de protesta.

No se ocultaba al gobernador la resistencia que podía oponerle el pueblo, pero nunca pensó en vacilar ni un instante en el cumplimiento del mandato que había recibido.

El lunes 25 de Enero, por la mañana,

que era el día designado por el gobernador para realizar su visita de inspección, se reunieron numerosos grupos en la plaza del Arzobispo, no disimulando en sus comentarios el propósito de impedir lo que ellos creían que iba á ser un despojo de las riquezas de la catedral.

El Sr. Gutierrez de Castro, acompañado del secretario del gobierno y del jefe de orden público, se dirigió á la catedral, donde le esperaban el dean y tres canónigos, y reunidos todos, se encaminaron al archivo.

Inmediatamente que penetraron las autoridades en la catedral fueron cerradas todas las puertas, colocándose delante de las principales un piquete de la guardia civil.

Como el público congregado en los alrededores de la catedral fuere cada vez más numeroso, se reunieron en seguida el Ayuntamiento, la Diputación y los voluntarios de la Libertad, acordando acudir en protección del gobernador.

Las turbas, cada vez más irritadas, al ver á las autoridades prorrumpieron en gritos hostiles; pero los voluntarios, abriéndose paso con amenazas, llegaron hasta el interior de la catedral, donde ya no estaba el gobernador por haber subido con unos canónigos á las oficinas de culto y clero.

La maniobra de las autoridades excitó la furia de los amotinados, quienes, dirigidos por algunos eclesiásticos, forzaron las puertas y penetraron en el templo y después en los claustros.

Avisado al gobernador de lo que ocurría, decidió bajar al claustro intentado dirigir la palabra á los amotinados. Estos le recibieron con visibles demostraciones de descontento.

Fué inútil que el Sr. Gutierrez de Castro, intentara persuadir á las turbas para que abandonaran su actitud de injustificada protesta.

Varios foragides, á los gritos de viva la religión y Carlos VII, se arrojaron como fieras sobre el gobernador, que ante aquella agresión inesperada no tuvo tiempo de huir ni defenderse.

Acribillado de heridas, el gobernador cayó al suelo manando de su cuerpo sangre en abundancia.

Entonces aquellos fanáticos, excitados por los canónigos, sin respeto á lo sagrado del sitio, se entregaron á las violencias más repugnantes.

Echaron una faja encarnada al cuello del Sr. Gutierrez de Castro, después de desnudarlo de medio cuerpo arriba, y hacerle sufrir espantosas mutilaciones.

Aún no había exhalado el último suspiro el infeliz gobernador, cuando lo sacaron arrastrando por la escalinata llevándole hasta la plaza de la Catedral.

Algunos canónigos, asustados de su propia obra, enseñaban los crucifijos a la muchedumbre, mientras el arzobispo, D. Anastasio Rodrigo Justo, temeroso sin duda de que las turbas en su desenfreno intentaran penetrar de nuevo en la catedral profanada, dirigía la palabra á los revoltosos, diciéndoles que ya estaba el gobernador suficientemente castigado.

Después de atroces sufrimientos, la víctima dejó de existir. Había fallecido al ser arrastrado por la escalinata, y cuando acudieron á socorrerle ya era cadáver.

Los voluntarios de la Libertad, auxiliados por el regimiento de caballería de Bailen, despejaron la plaza, y aquella muchedumbre fanatizada, un momento antes brutal é inhumana, huyó en todas direcciones, eludiendo la responsabilidad del inútil y cobarde asesinato.

El cadáver, desfigurado de un modo horrible, fué conducido á las Casas Consistoriales donde podía ejercerse con más facilidad su vigilancia.

Entre los detenidos lo fueron: algún eclesiástico, el dean maestro y varios canónigos.

Y no hago comentarios, por que no llevo otro objeto al evocar este crimen, que recordar á los clericales que hoy piden implacables la muerte de los procesados en Cullera, que en aquel proceso entendió también la Jurisdicción militar, que no se condenó á nadie á la última pena, y que sólo fueron á presidio dos ó tres miserables y otros cuantos canónigos, para ser indultados al poco tiempo.

Y que si autoridad era el juez asesinado en Cullera, autoridad era el gobernador asesinado en Burgos; y que si es horrible un asesinato en la calle, lo es más en una catedral.

El orden subversivo y la subversión del orden

Ya no hay patán, ni diputado, ni ministro que no sepa manejar estas ideas de «ideas subversivas», «atentado personal» y otras malicias de las gentes del orden picaresco.

Al ahondar un poquito en estas conciencias, hallamos debajo de una tenue capa de ceniza política el alma jesuita soplando agachada é inspirando estas frasecillas que los gansos de la jurisprudencia y de la prensa repiten con majestad de soberana gansura.

Por causa de estas «ideas subversivas» se mató á Ferrer, con perseguidas las escuelas laicas, se cierran los círculos obreros, se denuncian los artículos de Flammarión y las caricaturas de EL MOTIN; se llenan de presos las cárceles, y se hace de España... la España de Felipe II, precisamente la de Felipe II y no otra, aquella España de aquel rey que encargaba á sus médicos matasen á su propio hijo con el mayor orden científico, y mandaba asesinar secretamente con el mayor orden carcelario á Montigny, á fin de que estas ejecuciones criminales no alterasen y subvirtiesen aquel excelente orden filipesco ó filipino, austriaco ó monárquico, real y pontificio del rey puesto como modelo de reyes españoles por su prudencia política, por su fe, por su hombría de bien, por su caballerosidad... y por haberse ganado el título de *Satanás del Mediodía*.

Este es el orden que parece se ha constituido en España. No es el orden constitucional, pero es el constituido, el

sagrado, el invulnerable, el que nadie puede tocar sin incurrir en las penas aquellas del *orden filipino* que presenta como matados por la Providencia Divina á las víctimas del asesinato.

¿Hay algún *orden* trascendental para la humanidad, fijo, eterno é inviolable, ante el cual hayan de quitarse el cráneo los reyes y papas que se obstinan en no quitársele la tiara y la corona?

Yo creo que sí. Yo creo que es aquel orden llamado *natural* que consagró como supremo la Iglesia antes de volverse loca y de entregarse á la prostitución pública.

Aquel orden que los teólogos honrados dijeron ser de absoluta autenticidad divina, que los Papas pusieron sobre el trono pontificio, y que los reyes que no fueron locos, ni majaderos, colocaron como escabel de sus tronos.

Este orden fué erigido en España como primera ley fundamental y como elemento intrínseco necesario de todas las leyes, en la *Ley primera* del libro de nuestras leyes.

Es el *orden humano*, evolutivo y progresivo siempre, pues somete la ley á la justicia, á la honestidad y á la razón del tiempo y del espacio; orden que prohíbe que las leyes se accinen y pudran en el cuerpo social para gangrenarlo; orden que impide el enquistamiento de los órganos que en un tiempo fueron necesarios y que resultan perjudiciales... El orden, en fin, de la *razón* y de la *cordura*, por las cuales el hombre se destaca de las bestias y sin las cuales se hace la más grosera de las bestias.

Este es el *único orden sagrado* á quien han de someterse todos los demás órdenes; y ¡ay de los pueblos que se empeñen en vivir fuera de él y contra él; porque degradarán la figura humana y se harán sociedades de bestias!

No hay excepción. El que va contra la naturaleza de las cosas, las destruye y hace de ellas monstruos híbridos, parásitos, incapaces de vivir de su casta y de su actividad, condenados á vivir destruyendo y destruyéndose.

No hay excepción. Contra este orden *natural* vino el pretendido *orden sobrenatural* que llenó de bestias sobrenaturales los pueblos que lo adoptaron. Eremitas, ascetas, disciplinantes, profetas, taumaturgos, magos, nigromantes, brujos, posesos, pactados de Dios y del Diabolo, celibatarios y alumbrados; pueblos, en fin, desenfrenados, locos, energuménicos, que debieron infundir lástima á los brutos que fueran testigos de sus bestialidades. Llenóse la tierra de santos y de brujos; de verdugos y de víctimas, rebasando las leyes de las especies zoológicas, y haciéndose inferiores á los animales.

Tal fué el *orden sobrenatural* que todavía no hemos logrado exterminar del cráneo de los que reclaman ser reconocidos como hombres, sin creerse hom-

bres, por creerse pertenecer á una especie superior; orden arraigado en nuestras leyes y en nuestras costumbres, sobre todo en las costumbres políticas y jurídicas; orden que viene de atrás y mira siempre atrás, con fobia del cambio, con latría del precedente establecido, que nos impide marchar adelante imposibilitando el «deber ser» por el «ha sido»; que hace inútiles la ciencia y la experiencia; que nos hace á los presentes monos de imitación de los pasados y á los vivos hácelos remedos y maniqués macabros de los muertos; que hace, en fin, de la España del siglo xx, un espectro semoviente de los siglos pasados, ataviado en sus vestiduras con avalorios y perifollos del siglo xviii, del siglo xv, del siglo xiii, del siglo ix sobre todo, sobre todo del bárbaro siglo ix, que ha atravesado nueve siglos y vive con sus huesos corvos y deformados, con su piel momificada, sin dientes y sin pelo, lleno su cuerpo de parásitos y de lupias...

¿Y este es el *orden vigente* que no podemos subvertir, ni debemos subvertir, ni es lícito subvertir?

¿No es acaso él mismo la *subversión* é *inversión* del orden humano? ¿Es que los españoles hemos de ser besias por fuerza, sin derecho á conquistar la plaza que nos señala la humanidad? ¿Es que España ha de morir envuelta en la roña de los siglos, devorada de parásitos, hecha el Lázaro de la tierra? ¿Es este *orden vigente* y consagrado, la orden de muerte, de consunción y de corrupción? ¿No es lícito quejarse de ese orden corruptor á los que todavía no hemos sido asimilados por él? ¿Hemos de someternos á ser devorados ordenadamente por el forúnculo parasitario, ó á transubstanciarnos en microbios de él, para poder vivir, bañándonos en la podre?...

Pues, bien: ese orden hoy vigente y que reclama respeto, paz y *orden* para seguir invirtiéndose ¿fué acaso siempre pacífico?

Parece que no. El *orden eclesiástico* de hoy, entró ayer en España predicando rebeldía, insultando á los soberanos, escarneciendo las leyes, muriendo osadamente mientras no pudo luchar y matando luego, incendiando, exterminando, devastando, como legión sicaria.

No dejó templos ni respetó sepulcros, ni se paró ante las aras de los altares, ni se contuvo ante el *sacerdocio vigente*. De todo hizo *man-bassa*. Religión, Iglesia, culto, imágenes, sagrarios... ¡todo lo destruyó!, y así se estableció el *orden eclesiástico de hoy*, ahora pacífico y tirano, y entonces revolucionario sin freno.

Predicadores y obispos se lanzaban á las propagandas más subversivas.

En el propio Va encia un sermoneo de la catedral agitada y exacerbaba el terror de la peste que diezaba á aquella

ciudad, y en nombre de un Dios que no había visto ni oído, juraba falsamente, bellacamente, que aquella peste era el castigo de la sodomía de los aristócratas de allí.

El fin del sermón fué que el pueblo, en la misma catedral, se lanzara sobre un presunto sodomita, lo lynchase y lo quemase... Y de allí surgieron las *Hermandades* que produjeron 10.000 víctimas.

El sermoneo pudo felicitarse de este éxito *subversivo* de aquel *orden sodomita*.

La Iglesia y la Inquisición son radicalmente *subvertidoras* del orden universal humano. El jesuitismo es el gran subvertidor del orden de toda justicia. Familia, municipios, regiones, estados: todo es subvertido y corrompido por estos *invertidos* del sexo, de la religión, de la razón y de la honradez.

¿No se puede aspirar á *subvertir* este orden subversivo que nos está invirtiendo los organismos todos? Enhorabuena. Los que no tengamos adaptabilidad suficiente, seremos aplastados, exterminados y devorados, ó seremos expulsados por fuerza ó emigraremos por voluntad forzosa.

Se nos coloca en este dilema. O invertidos ó extraños. Extrañados del Estado y tratados como extranjeros; pero no como extranjeros que tienen la patria lejos, sino como extranjeros de toda patria. Seremos los mostrencos de la Humanidad: sin patria fuera de España por ser españoles; sin patria dentro de España por no sabernos invertir transubstanciándonos al *orden de inversión*.

Hasta nuestras ideas de *reversión á la especie humana* serán llamadas subversivas.

Por no querer ser ciudadanos del cielo ó del infierno, seremos extranjeros en la tierra, extrañados por estos *órdenes eclesiásticos, dinásticos y jurídicos* que se introdujeron matando, incendiando y profanando, y que ahora declaran inviolable é intangible el *orden profanador* y subvertidor; que practica el respeto á las personas desterrándolas, prendiéndolas, procesándolas y difamándolas *según su orden*...

¡Orden... orden...! ¿de qué? ¿qué clase de orden? Orden de perversión y de inversión... ¡Orden que lo ha subvertido todo y lo subvierte y pervierte todo: hasta las leyes de la subversión... hasta la idea de la subversibilidad!...

Ea, políticos y jurisperitos. Esto no se llama *revertir el orden*: sino *revertir el orden invertido*.

S. PEY ORDEIX

Un cura abofeteado

Don Reyes Antón, Cura párroco de Belvis (Caceres) entretenía sus ocios escribiendo anonimos poco piadosos que por correo remitía á un señor pres-

tigioso de aquel país. La casualidad hizo que el ofendido viajara en el tren descendente de Madrid á Naval Moral donde también lo hacía el cura de Belvis, y pasándose aquél al departamento de éste, le pidió explicaciones de los anónimos con severísimos cargos, y por último le cogió por el cuello y le dió de bofetadas. El escándalo que se armó y la curiosidad de los viajeros al ver que abofeteaban á un cura, fueron grandes; pero enterado el público del motivo de la cuestión, fué duramente censurado el cura por tan criminal conducta.

El fin de este asunto ha sido un juicio de faltas por las bofetadas y una querrela que el ofendido ha presentado á los tribunales contra el cura, por injuria grave.

¿Cómo practican ciertos curas la caridad cristiana?

De esa evangélica manera.

AL PUEBLO ESPAÑOL

Los sangrientos sucesos del 15 de Noviembre

Hace años que la información de Canarias publicada en Madrid, es muchas veces falsa y siempre tendenciosa; pero ahora con motivo los sucesos del 15 de Noviembre ha llegado al colmo el arte de falsear los hechos. El periódico *A B C* publica unos telegramas que han levantado aquí tempestades de indignación. Ni una palabra es verdad.

La relación de lo ocurrido pruébanla varias actas notariales y muchos testigos presenciales que están declarando en la información pública abierta en el periódico *La Mañana* de esta ciudad.

El domingo 12 del corriente celebráronse las elecciones municipales. Se cometieron atropellos, talos como estar la Guardia de Higiene constantemente dentro de los Colegios; y como por la tarde los elementos de León y Castillo vieron perdida la elección en el Distrito de los Arenales, un individuo, que acaba de embarcarse para la Habana, rompió la urna. A consecuencia de estos atropellos celebraron un mitin el martes 14, D. Rafael Ramírez, director de *La Mañana*, y D. Juan Sintés, abogado, que no son republicanos, protestando de los atropellos de la Guardia de Higiene ante el Gobernador, el presidente del Consejo y la prensa de Madrid, que publicó la protesta firmada por varios periódicos de esta ciudad.

El miércoles celebrábase elección parcial en el Distrito de los Arenales por rotura de la urna. Luchaban allí dos leoninos contra D. Ignacio Cantero, republicano, y D. Juan Baez, independiente monárquico. Como el Gobernador conocía los atropellos de la Guardia de Higiene ordenó fuese la Guardia civil, que situó muy retirada del Colegio hasta la una y media de la tarde. La elección fué reñida, cometíendose grandes atropellos como expulsar al Notario D. Agustín Delgado, sin razón ni pretexto alguno. De una de las actas notariales resulta que un inspec-

tor de orden público estaba echando á la playa piedras, que se hallaban en la azotea de la casa del Comité liberal, situado frente al Colegio electoral.

Al mediodía circuló en el Puerto de la Luz la falsa noticia de que Franchy, jefe de los republicanos y asesor de las sociedades obreras había sido detenido. No ha podido averiguarse quien circuló esta noticia. Los obreros vinieron á los Arenales alarmados, pero en actitud pacífica. Franchy les dijo que debían volver al Puerto, pero ellos quisieron acompañarle mientras durase la elección, permaneciendo la mayor parte del día en el Comité republicano, situado en la Plaza de la Feria, lejos del Colegio electoral.

Por esta conducta de Franchy, el delegado del Gobierno le dió personalmente las gracias.

A las cuatro de la tarde se cerró el Colegio electoral. Había dos grupos á los lados del Colegio, cada uno de 150 ó 200 personas en actitud pacífica. Solo unas cuantas mujeres decían á un sargento de la guardia municipal algunas palabras referentes á su vida. A las cuatro y diez minutos, una piedra pequeña cayó sin fuerza en la ventana del Colegio, muriendo entre los pies del comerciante D. Jaime Sintés, y los del teniente de la Guardia civil, Sr. Almansa. Entonces el teniente Abella, que mandaba la fuerza, gritó: ¡Fuego! sin toques de atención. La guardia hizo varias descargas. El público corrió poseído de espantoso pánico. Cayeron tres obreros muertos en la calle transversal llamada de Carvajal. Otro herido quiso subir una pared que mira á la playa, dejándola toda manchada con sangre y muriendo después. Otros dos fueron heridos y murieron en el Hospital. Cuatro de los muertos recibieron los balazos por la espalda. Sobre los cadáveres no se encontraron armas, ni un alfiler siquiera.

Además, nadie fué detenido por agresiones á la Guardia civil ni por ningún otro concepto.

Jamás se ha visto unanimidad igual en la relación de los sucesos. Todos los testigos están conformes en la pacífica actitud del pueblo. Aun en caso contrario, habría bastado el empleo de la Guardia civil de caballería que se hallaba poco distante del Colegio para restablecer la tranquilidad.

El Colegio de Abogados se reunió acordando ofrecerse á las familias de las víctimas para exigir responsabilidades.

Protestamos enérgicamente de la falsa información de los periódicos y pedimos al Gobierno, á todos los partidos políticos, á los Tribunales, al Cuerpo mismo de la Guardia civil que se cercioren de lo que acabamos de relatar y exijan las responsabilidades debidas.

La Mañana, El Tribuno, El Día, Avante, Nuevo Régimen, El Cometa, Unión Obrera, Obreros cargadores de carbón del Puerto de la Luz, Sociedad de panaderos, Sociedad de carpinteros de ribera, Sociedad de obreros en hierros y metales, Sociedad de carpinteros y ebanistas.

Las Palmas, 29 Noviembre de 1911.



Siguen las rifas

Siguen en Olivenza sacándole dinero á los tontos con las rifitas para fines que llaman piadosos.

A la vista tengo una papeleta que dice textualmente:

«Número.....»

A beneficio de la Santísima Virgen de la Concepción, y para atender á los gastos de la novena, se regalará un bono *Almohadón* al que tenga el número igual al que salga en suerte en el día 8 de Diciembre después de la fecha.

Vale 10 céntimos.»

Cual se ve, ni se dice cómo es el almohadón, ni dónde se celebrará el sorteo, ni nada que no demuestre la complicidad del alcalde en eso que pudiera muy bien resultar un engaño.

Si toca el almohadón en la papeleta que me han mandado, se lo regalaré á la sobrina de cualquier cura de Olivenza el día que su tío le case con cualquier feligrés bonachón.

ALMANAQUE

DE LA

INQUISICION

POR

EL MOTIN

Precio: UNA PESETA

Contiene los trabajos siguientes:

Advertencia.—Dedicatoria.—Etemérides sangrientas.—La Inquisición y Dios.—Los dos evangelios.—La Inquisición vive y funciona.—El horror á la Inquisición.—La inmoralidad hereditaria.—Los tormentos.—La Inquisición instrumento criminal de robo y asesinato.—La Inquisición ante la ética histórica.—La Inquisición universal.—Los jueces de la Iglesia y las mujeres.—Abusos del confesonario.—Opinión sobre la Inquisición.—Dios ejecutado por la Inquisición.—El Museo de la Inquisición.—Sermón célebre.—A los municipios de España.—Más sobre los tormentos.—La tortura.—La suspensión del tormento.—La evocación del fugitivo.—El tormento del Pudor.—La resurrección de los muertos.—Las cárceles de la Inquisición.—El calabozo del tormento.—El suplicio del «Hábito».—El mayor suplicio.

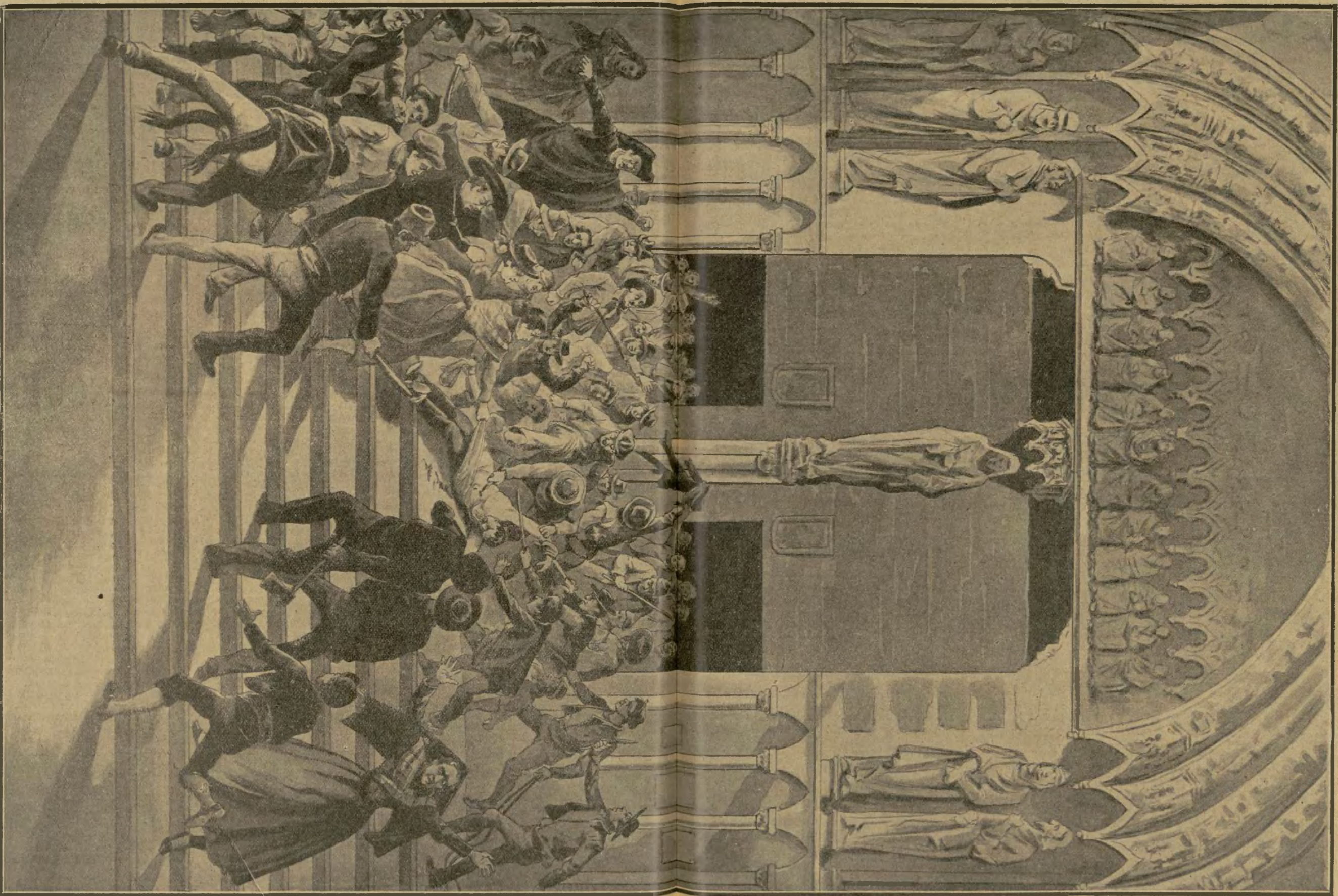
Ha ingresado en la cárcel de Alicante una joven, conocida por la *Mujer-hombre*.

Si el periódico que da la noticia hubiese dicho el *Hombre-mujer*, hubiéramos creído que se refería á alguno de nuestros distinguidos hombres públicos.

Afortunadamente publica el nombre de la *Mujer-hombre*: Se llama Nieves Campillo.

¡Respiren tranquilos esos hombres—1887.

EL MOTIN



**El gobernador civil de Burgos, asesinado
por los cléricales en 1869.**

Verdadero Catecismo de la Doctrina Cristiana, para uso de las escuelas neutras

(Continuación.)

LECCIÓN XLII.—DE LAS REGALÍAS DE LA CORONA.

1. PADRE.—¿Qué son las Regalías de la Corona?

HIJO.—Ciertos privilegios que algunos Estados católicos conservaron sobre las reglas generales del derecho eclesiástico admitido...

2. P.—¿Son muchas las Regalías?

H.—Algunos autores cuentan hasta ciento setenta.

3. P.—¿Cómo pueden catalogarse?

H.—Clasificándolas en derechos sobre las personas y derechos sobre las cosas, en lo concerniente al derecho eclesiástico.

4. P.—¿Cuáles son las principales de España?

H.—Las principales subsistentes son:

1.º Que el Papa no puede ordenar nada á los fieles de España sin el *pase* del Estado, incurriendo en la pena de extrañamiento y otras los obispos y demás que lo quebrantasen.

2.º Que las causas de justicia eclesiástica se terminen en España en la Rota, como tribunal supremo.

3.º Que los religiosos españoles dependan de los comisarios nacionales y no de los generales de Roma.

4.º Que las dispensas de gracias pontificias se verifiquen por el Nuncio sin necesidad de acudir á Roma.

5.º Que el Estado intervenga en el nombramiento del personal del clero.

6.º Que los tribunales civiles puedan corregir y castigar los abusos de los tribunales eclesiásticos.

5. P.—¿Qué objeto se proponían las Regalías?

H.—Evitar la exportación de dinero á Roma y cortar la influencia política del Papa en la nación.

6. P.—¿Qué valor jurídico tienen las Regalías?

H.—Que son necesarias al derecho nacional para asegurar la paz é independencia; y además que los Papas han jurado guardarlas en los concordatos.

7. P.—¿Han cumplido los Papas y la Iglesia estos juramentos?

H.—No, señor: antes bien quebrantan todas las Regalías con gran perfidia, con agravio de la moral y con ofensa de la nación española.

8. P.—¿Quiénes están obligados á defender las Regalías?

H.—Los soberanos, por sí ó por medio de sus gobiernos, los funcionarios del Estado como apoderados de la nación, y en general todos los nacionales, de quienes son patrimonio jurídico de la Patria.

9. P.—¿Qué delito cometen los que se hacen cómplices del Vaticano en el atropello de las Regalías?

H.—Delito de lesa Patria por arrebatársela, á traición, un patrimonio jurídico conquistado con grandes sacrificios por los españoles.

10. P.—¿Por qué es delito de traición?

H.—Porque todos han jurado defender este patrimonio al jurar la Constitución.

DEL CATOLICISMO Y LA PATRIA ESPAÑOLA

11. P.—¿España fué siempre nación católica?

H.—No, señor: en los primeros siglos fué arriana; en los tiempos de los cismas, fué cismática, y nunca ha sido católica romana por haber sostenido las Regalías que el Papa condena.

12. P.—¿El Papa ha sido protector de España?

H.—No, señor; antes bien, en el conjunto de la Historia, resulta ser uno de sus mayores enemigos, causante de muchas guerras, enemigo del clero nacional y exactor del Pueblo.

13. P.—¿Los reyes de España estuvieron siempre sumisos al Papa?

H.—A veces sí, y á veces no. Los Papas excomulgaron varias veces á nuestros reyes y los reyes atacaron muchas veces al Papa en la misma Roma.

14. P.—¿Qué cuestiones principales se han suscitado entre España y el Papa?

H.—Primeramente la de los reinos de Nápoles, Sicilia y Estados de Italia; segundamente la de los tributos ó rentas eclesiásticas; terceramente las cuestiones político-religiosas.

15. P.—¿Ha causado daños á España el Papa?

H.—Innumerables, como el más principal, la pérdida del Rosellón y Provenza en el siglo XIII, usurpados á España por los ejércitos pontificios y últimamente la pérdida de Filipinas, causada por los frailes.

LECCIÓN XLIII.—ORIGEN DEL PODER DEL PAPA EN ESPAÑA.

1. PADRE.—¿Existió siempre el Papa en la Iglesia?

HIJO.—No, señor: el mismo título Papa, se introdujo principalmente en el siglo V.

2. P.—¿Ha sido siempre reconocido el Papa como jefe de la Iglesia española?

H.—No, señor. En el siglo III los fieles de Galicia apelaron de una sentencia del obispo de Roma al obispo de Cartago, siendo tenida ésta como legítima y no la otra, y así de otros casos.

3. P.—¿Cómo se introdujo el poder del Papa en España?

H.—Dando el Papa privilegios que nada le costaban, sobre el pueblo, al clero y á los reyes, utilizando el nombre de Dios y abusando de las discordias para ingerir su autoridad judicial.

LÍMITES DEL PODER DEL PAPA EN ESPAÑA (1)

4. P.—¿Fué siempre soberano el Papa en la Iglesia española?

H.—No, señor: los reyes le tenían puesto el límite de las Regalías para las causas políticas. El clero le tenía la Inquisición suprema, para las causas de fe; la Rota suprema, para las causas de Justicia; la Bula de Cruzada para las causas de gracia; y las comisarias generales de las órdenes, para los regulares.

5. P.—¿A qué obedecían estas instituciones patrias?

H.—A impedir que, abusando del nombre de Cristo, el Papa sacase dinero de España, atropellara los españoles,

(1) Estas ideas se repiten del principio por parecer este mejor lugar de asentárselas.

perturbase los Estados ó hiciese inviolables los criminales que laborasen contra la Patria, contra el pueblo ó contra las costumbres nacionales.

S. P. O.

(Continuación.)

La mejor solución

—¿Está la señorita?

—Me parece que se está vistiendo... Tenga la bondad de esperar un momento.

Julia se asoma á la puerta del gabinete.

—¿Eres tú, Luisa? Pasa, mujer, pasa... Tú no necesitas anunciarte en mi casa... Ya ves que soy poco madrugadora... Lo menos son las once...

—Y media.

—¿Pero cómo por la calle tan temprano?

—¡Andal! Pues no llevo ya hechas pocas cosas: hice la visita de las Conferencias; estuve en la comunión de las Pascuas, y visité á la Junta general del Roperio Victoria... Estoy molida, hija; desde las siete de la mañana estoy hecha un zascandil. No, lo que es la vida devota tiene sus sacrificios... Y, no te lo quería decir: me estoy cayendo de debilidad, porque no ha entrado en mi cuerpo más que Dios, Nuestro Señor.

—Pero, mujer, por ahí debías haber empezado. Precisamente me iba yo á desayunar ahora; lo haremos juntas. ¡Pobrecilla! Así traes tú esa carilla tan triste, y era mirada tan apagada... ¡Eres una santa!... ¡María! Traiga usted también desayuno para la señorita Luisa... ¿Qué manteca prefieres? ¿Inglesa ó italiana?

—Lo mismo da.

La doncella sirve el desayuno; las dos amigas le hacen los honores con gran apetito. Satisfechos los estómagos, las lenguas sienten comecón de confidencios.

—¿Cómo sigues con tu marido?

—Como siempre: ni él se cuida de mí, ni yo de él. ¿Y tú?

—Pues yo, Julia, queriéndole mucho todavía; pero no acertando á vencer su indiferencia. Todo cuanto hago por agradarle, es inútil: hace tanto caso de mí como de la emperatriz de la China. Hija, se conoce que voy envejeciendo...

—No digas tonterías; cada día estás más hermosa, eso ya lo sabes tú. Es que los hombres son antojadizos, inconsistentes y amigos de la variedad... Nos quieren, nos respetan, nos dan cuanto queremos: pero «no les decimos nada». ¿Haslo? ¿Cansancio?... No lo sé; quizás las dos cosas á un tiempo... Cuando se llega á esta situación, ó hay que resignarse ó buscar la represalia.

—¡Julia!

—Sí, hija, el término es algo rudo; pero entre nosotras no valen eufemismos... Tú has optado por lo primero... yo, no tengo pasta de santa...

—Porque no le quieres.

—Quizás sea eso; pero le he querido, y he llorado muy amargamente mi soledad, el abandono en que se me dejaba, á mí, joven, con alma apasionada, y en medio de mil peligros... ¿Y por quién? Por hembras venales, incultas, hasta soeces, que ni física ni moralmente valían para descalzarme... Esto

no podía durar y no duró. El despecho, y mi corazón que también tiene sus derechos a una parte de felicidad cambiaron el rumbo de mis ideas, desaparecieron mis escrúpulos; se terció en mi camino el ingeniero Bustillo, á quien ya conoces, y... puedes estar segura que no seré yo la que dé los primeros pasos para una reconciliación que ni deseo, ni creo que al presente me alegrara...

—Hablas con una frialdad que me aterra... Pero, ¿y la moral? ¿Y tus deberes? ¿Y la religión?...

—¿Pero es que en el matrimonio sólo tiene deberes la mujer?... La moral, los deberes, la religión de mi marido, ¿dónde están?...

—Tú has de dar cuenta de tu conciencia, no de la suya... Su pecado no hace lícito el tuyo...

—Ea que yo no peco.

—¿También incrédula? Ya no hacía falta más que eso.

—No, hija, no: la fe antes que todo... Yo he leído, he consultado, y con personas muy doctas y sensatas, y han aprobado mi conducta.

—No te la aprobaría el confesor.

—Pues precisamente el confesor ha sido.

—No estaré bien enterado.

—De pe á pa.

—¡Si no es posible! Bien claro y terminante está el mandato de Dios...

—Calla, chiquilla, que nosotras no pasamos de la corteza de estas cosas, y no sabemos nada... Existe el derecho conyugal, la justicia de un contrato, el quebrantamiento de él por una de las partes sin culpa de la otra, la compensación oculta, el peligro de un mal mayor, el miedo al escándalo... ¡Qué se yo! No acabaría de citarte razones, y hasta ejemplos.

—¿Ejemplos?

—Sí: tu padre fué bien preferido por una dama altísima, á quien su confesor, de acuerdo con Pío IX concedió... eso... un ingeniero Bustillo, aunque casado...

—Me dejas atónita... Si yo hiciera la más leve insinuación á mi confesor... Sólo al pensarlo me dan escalofríos.

—Será algún cura de misa y olla.

—No lo creas: es un señor muy ilustrado... No hay por qué ocultar su nombre: el párroco de Santa Inés.

—¡Bah! ¿A quién se le ocurre confesarse con curas seculares? El mío pertenece á la Compañía... No hay como ellos para comprender y solucionar los problemas del espíritu... Siempre dan la mejor solución... ¿Quieres que te lo presente?...

—Todavía no; pero tendré presente tu promesa... Noto que mi voluntad es cada día más débil y...

—¡Y que estás haciendo el tonto, muchacha!...

FRAY GERUNDIO

Algo de Inquisición (1)

En la magistral obra del eminente naturalista Darwin que se titula: «La descendencia del hombre», atribuye este sabio la española decadencia intelectual á lo que pudiera llamarse la selección al revés que el Estado y el Santo Oficio hicieron aquí.

(1) Véase el número 44.

Sin duda esa selección de los peores, es decir, de los medrosos, de los hipócrisis, de los furiosamente fanáticos, de los espías, de los traidores, etc., obróse de suerte muy acabada por el inquisitorial azote y su coautor el Estado cuya infame suspicacia llegó á hincar sus dientes y clavar sus garras hasta el estupendo límite de hincarlos y de clavarlos en estos tan ilustres y católicos varones; Arias Montano, Melchor Cano, el arzobispo Carranza, fray Luis de León (1) fray Luis de Granada, Juan de Mariana y Sánchez de Rozas.

Sí; el miedo transmitido por la ley de herencia, inspiró la cobardía que mancha de modo indeleble á los inmortales consejeros de Carlos III, por no haber barrido la Inquisición; y el mojigato catolicismo de que hacían alarde los más liberales hombres de Cádiz, les vino de herencia tan oprobiosa.

No se olvide que en sólo treinta y siete años pudo la Restauración, por la mortífera obra de sus colegios de frailes y jesuitas, y de la parte nea de sus Institutos y de sus Universidades, tan considerable, obtener una generación de «eunucos del pensamiento y del sentimiento en todas las esferas de nuestra mentalidad».

De la primera selección, como de la última pudiera decirse su complemento lo que maravillosamente describe así Oliveira Martins en su interesante «Historia da civilização ibérica»:

«A Companhia, a cuja aparição nas»

(1) Este sin duda sublime varón, por traducir «El cantar de los cantares» para un amigo, nunca para la publicidad, estuvo cinco mortales años en los calabozos de la tan perversa Inquisición.

cena do mundo nos assistimos, tornara-se o ser mais extravagante e hybridó que podia ter saído do cerebro dos homens.»

«A Companhia, estaba no seio da sociedade civil como esos insectos que na sombra vao. lenta e seguramente, roendo o area bonco dos edificios. Termittas de Deus, os seus dentes eran por isso mais agudos, penetrantes e tenazes: rofan breve e incessantemente. A obediencia tornava-os anonymos, a mesmo tempo que o fervor mystico os tornara heroicos. Nada pudera resistir á essas legioes.»

Sí; la jesuítica Inquisición que tiraba la piedra ocultando la mano, ora infiltrando en la juventud, que á su antojo educaba, su veneno mortal, ora apoderándose arteralmente de la voluntad de sus confesados regios, va haciendo muy suya la del pontificado, era sin duda alguna mucho más formidable que la histórica.

Veamos ahora como trata á esta Antero de Quental en su «Causas da decadencia dos povos peninsulares»: «A Inquisição pesava sobre as consciencias como a bobada de un carcere. O espiritu público abaixava-se gradualmente sob a pressao do terror, en quanto o vicio, cada vez mais requintado, se apossava placidamente do lugar vacío que deixava nas almas a dignidade, o sentimento morale e enerigia da vontade pessoal esmagados po lo medo.»

¿No debiera servir e-e tratamiento de envoltura á los tan viles despojos de esa institución teocrático curialesca? Ni hecho de molde saldría mejor.

Veritas

(J. DE LA HERMIDA)

(Continuad.)

DARWINIANA

Mi abuelo, el mono, estaba saltando en el ramaje de un árbol gigantesco. — ¡Acrobata salvaje, le dije; allá en tu oscuro cerebro, ¡oh, cuadrumano! ¿qué piensas tú del noble, del alto ser humano?

Y contestóme el mono: — Civilizado bestia, tu fatuidad admiro, tu orgullo, tu inmodestia; tú me dices que tienes un divino abolengo; yo te juro que tienes el mismo que yo tengo.

Tú te llamas imagen del Señor y rechazas parentescos groseros con nuestras pobres razas; y si tú eres su imagen, y yo tan parecido soy á ti, que pudiera (sin ser muy atrevido), llamarme imagen tuya, di, ¿qué resultaría?... ¡oh, qué horrible blasfemia!... ¡oh, qué enorme osadía!

Y luego con un grito irónico y salvaje siguió mi abuelo el mono saltando en el ramaje.

ABRAHAM MARTÍNEZ

Bibliografía mística

No existe, que yo sepa, ninguna clasificación metódica y razonada de libros místicos, ordenada por las materias de que tratan.

Mientras algún desocupado fraile ó algún jesuita erudito no llenan este vacío, despues de llenar los otros (su bol-

sa y su abdomen), siempre será meritorio cualquier conato de ensayo que en este sentido hagamos los iliteratos y humildes seglares.

Allá va uno, deficiente y desordenado como mío.

Pueden clasificarse los libros místicos más en boga, en la forma siguiente:

Amatorios: *El Fiel Amante del Corazón de Jesús*, *El Amor del Alma*, el

de *María* y otros varios amores místico literarios.

Comestibles: *El Pan Celestial*, *El Panal Sagrado*, *Alfalfa Divina para los borregos de Cristo*, y el *Prado Espiritual en que se apacientan las ovejas de María*.

Marítimos y de artes de pesca: *El Di vino Piloto*, *El Ancora de salvación*, *Norte seguro para llegar al cielo*, *El Santo Pescador*, (ó vida de San Pedro Apóstol), *El Anzuelo de las Almas*, etcétera.

Medicinales: *Triaca contra el veneno*: ó las doctrinas de la Iglesia contra las herejías de Lutero; *Bálsamo Divino* y la *Jeringa Espiritual* para aligerar las almas en el Tribunal de la Penitencia.

De armas no anda mal surtida la literatura mística: tiene un verdadero arsenal, desde las más primitivas, como *La Verdadera Honda de David*, hasta la *Bombarda contra gentiles*. Por si algo falta, yo me propongo escribir en breve *La Ametralladora Sagrada* y el *Fusil de Repetición contra los malos espíritus*.

De caminos y carreteras tampoco se puede tener queja: hay la *Vía divina* y *Camino Real* de grande atajo para la perfección Cristiana, por el padre Nierenberg; el *Camino Recto y seguro para llegar al cielo*, del inolvidable Claret; la *Vía Sagrada* y como cosa de un millar de *Vía-Crucis*.

En cerrajería y arte de abrir puertas, nos encontramos con la *Llave de Oro*, del susodicho Claret; cap:z de abrir... los ojos al más incauto; la *Llave del Paraíso* y la *Ganzúa de la Gracia*, ó vida del Buen Ladrón.

Pero, ¿a qué seguir tan larga y prolija enumeración? Baste saber que hay títulos para todas las clases y gustos, de lo divino, de lo humano y de la intermedio, y el clasificarlos debidamente, si bien es tarea meritoria para un volumen, no lo es para un artículo que acabaría por aburrir á mis lectores.

DEL RIÑÓN DE LA IGLESIA LA MORAL SEXUAL CRISTIANA

(Ensayo crítico)

LA HONESTIDAD SEXUAL, SEGÚN
SAN PABLO

Delimitado así el coto del *pecado*, vamos á estudiar los límites de la honestidad sexual, fijados por el apóstol.

Aquí encontramos la mayor confusión imaginable y un caos que daría la razón á Feste, cuando después de oír sus lucubraciones en el Tribunal, le preguntaba:

—Pero ¿estás loco, Pablo? Los libros parecen haberte corbido los sesos.

No se extrañe el lector que notemos la falta de seriedad en las doctrinas de San Pablo; todo él fué poco serio, según veremos, demostrando en su conducta el mismo atolondramiento y ligereza que veremos en estas doctrinas.

Es, pues, el caso que él no había oído nada en el cristianismo referente á los particulares que vamos á tratar. Con

mucha insistencia él lo hace constar en sus escritos. Habla, pues, por propia iniciativa.

Realmente, en los discursos de Cristo no se halla un Código de moral sexual; afirma el sagrado del matrimonio, absuelve la mujer adúltera, y acepta con agrado la compañía de Madalena y las pláticas de la Samaritana. De su conducta, no se deduce tampoco preceptos concretos; habla de la castración voluntaria en términos vagos; el silencio guardado por los Evangelistas sobre su conducta sexual, del cual silencio los virginistas quieren deducir su profesión celibataria, no prueba nada. Podían los Evangelistas relegar estos actos á la categoría de actos fisiológicos, á los cuales como todo hijo de mujer confiesan haber estado sometido Cristo, y de los cuales nada dijeron dándoles por sobreentendidos.

En este punto, pues, tan gratuito es afirmar la virginidad ilegal, entre los judíos, como el amor legal y natural.

Cristo no dió capital importancia á estos asuntos. En sus Bienaventuranzas, ni en su Juicio Final, pasajes culminantes de su Código, no se hace alusión á tales extremos. Es, pues, cosa de San Pablo, como él dice, y éste nos dice lo siguiente.

De conformidad con aquel principio radical de panteísmo místico, todo lo natural es religioso y santo.

Varias frases terminantes de el escritor: «Todo coopera al bien». «Todo viene de Dios». «Todo don es perfecto»: Y en ello hace mención expresa de la carne y del cuerpo y de los miembros de la generación; porque, precisamente cuando habla de los miembros de la fornicación dice: «vuestros miembros son templo del Espíritu Santo».

El funcionamiento racional de estos órganos, es, pues, un acto de religión. «Todo á mayor gloria de Dios».

Hemos visto los términos de la irracionalidad; luego queda aparente este argumento:

Si el instinto sexual es santo en su origen y en su fin; siendo pecaminoso su funcionamiento afuera de la especie (bestialidad), afuera del sexo recíproco (homosexualismo), en la licenciosidad profesional (prostitución), y en el lecho ajeno (adulterio), queda como funcionamiento religioso, el matrimonio, tal y como se entendía en aquellos tiempos (poligamia), y el uso apostólico de que luego hablaremos.

Estos son, pues, los dos términos del coto de la honestidad, virtud y santidad sexual; el matrimonio formal, y el ambulantismo apostólico.

SANTIDAD DEL MATRIMONIO

La ordenación recíproca de los sexos, la establece el escritor sobre la leyenda del Génesis y el orden experimental, sacando esta teoría mística:

«El varón es imagen y gloria de Dios; la mujer es la gloria del varón (*ojo á las beatas y monjas sin casar y por ende sin gloria*).» «No fué creado el varón para la mujer, sino la mujer para el varón (*esto lo dicen también nuestros petimetres*).» «Con todo, en Dios, no hay mujer sin varón (*pobres monjas!*); ni varón sin mujer (*adiós, frailes!*).» «Porque si la mujer es engendrada por el varón, (*menos Eva y los hospicianos*) así éste es concebido de mujer (*menos Adán y los que no tienen madre*). (I. Cor. XI. 6. 12).»

En cuanto á la mujer, quiere que desde niñas las ancianas las enseñen «prudencia, amor á los maridos, diligencia de los hijos, obediencia á aquellos. (Tit. II. 4 y 5); prohíbe que sean admitidas en el servicio apostólico las viudas jóvenes; porque, como las Estropajosas de hoy «estando ociosas, se acostumbra á andar de casa en casa, flegoneando, chismorreando y enredando» y no sólo quiere que se casen las solteras, sino que aun de las viudas dice

«Quiero que, si son jóvenes, se casen procreen hijos, gobiernen la casa, y no den pretexto á ser criticadas; porque algunas (*si viese San Pablo lo de hoy!*) se pervirtieron con lo contrario, para ir á ser juguete del diablo. (Timoteo, capítulo V. 11. 14).»

Parecido espíritu inspiran los preceptos á los varones; pero á estos les autoriza la poligamia, como derecho corriente é inconcuso; sólo la prohíbe á los diáconos á quienes manda que «sean maridos de una sola consorte, con la cual cuiden bien de sus hijos y de sus casas; porque con ello, merecerán en alto grado y gran seguridad en la fe, que es Jesucristo. (I. Tim. III. 12 y 13).» (Para los presbíteros, Tit. I. 5.)

Fijese bien el lector en esta promesa: los diáconos, esto es, los ángeles que también se llamaban, o sean los jóvenes dedicados al servicio de la Iglesia en la forma de aquel tiempo (que nada tenía que ver con la manera de estos tiempos), merecían grandemente de Dios criando sus hijos y siendo buenos padres de familia; grado religioso del cual la Iglesia les ha degradado. Lo mismo decía del obispo: «sea monogamo (para un viejo, más de una mujer pareció siempre feo), y cuide de los suyos, porque el que á los suyos descuida es peor que el infiel.»

Esta ordenación de los sexos, no tenía límite alguno; los cristianos é infieles podían casarse y aun San Pablo prohíbe resueltamente que por tal pretexto se separen.

El pasaje donde se halla este precepto, dice: «Si una mujer cristiana tiene marido infiel (y viceversa) y quiere éste vivir con ella, no deje el marido. Recíprocamente (el marido cristiano de mujer infiel); porque el infiel es santificado por el cristiano; porque, del contrario, vuestros hijos serían inmundos, siendo así que son santos. (I. Cor. VII. 13. 14).»

Tres enormes consecuencias se contienen en estas premisas; á saber:

1.^a Que la noción del sacramento en el matrimonio es una invención clerical, ya que no cabe sacramento entre un infiel y un fiel.

2.^a Que la prohibición eclesiástica de estos matrimonios es una herejía; y

3.^a Que lo del *pecado original* de los niños, es una quimera desconocida de San Pablo; y que naciendo santos los hijos, por sólo ser cristiano un padre, huelga el bautismo.

¡Pobre San Pablo, si resucitase y cayese en manos del Papa!, escapó de los judíos y de los gentiles algunas veces, y aun de los bárbaros; pero lo que es de la Inquisición no escaparía, ni tendría necesidad de sepulcro.

Una vez tiene casado á todo el mundo, San Pablo, oliendo desde Efeso la porquería católica romana, larga contra el San Pedro del Vaticano, este anátoma:

«El Espíritu Santo manifiesta que en los nuevos tiempos apostatarán algunos de la fe, acudiendo al error y á doctrinas demoníacas, disfrazando con la hipocresía sus embustes, encallecida su conciencia, que ordenarán el celibato y el ayuno, mandando abstenerse de las cosas que Dios dió al hombre para santificarse. Porque todo lo creado es bueno y nada debe ser vedado ingratamente. (I. Timot. IV. 1. 4).»

¡Desgraciados frailes, monjas y clérigos, esposos de Satanás! ¡procurados con la ley de Satanás y en el sacramento de Satanás!...

Y ved ahora el premio de los casados.

Ya hemos visto el *gran mérito religioso* de obispos y diáconos, procreando y cuidando los hijos; faltaba una promesa explícita para la mujer; promesa cual no haya otra en todo el Evangelio, y hea aquí:

«La mujer se salvará mediante la procreación de hijos, siendo fiel, diligente, santa y sobria. (I. Timot. II. 15).»

Luego, si el medio seguro para salvarse la mujer es la procreación de hijos, el medio mejor para perderse es la esterilidad y el estado de monja.

EL VICARIO DE DIOS PARA LA MUJER

Muy notable es el pasaje de San Pablo en que dice expresamente: «La esposa obedezca al marido como si fuese al propio Dios». (Efes. V, 22), esto es: el esposo es el Dios visible de la mujer y el que hace sus veces.

He aquí nuevamente la sentencia de San Pablo contra la Iglesia: «la perra volvió á comer su vómito, y la puerca lavada volvió á la suciedad».

LEYES GONYUGALES

A la mujer le señala esta ley: «las mujeres están sujetas al marido como á Dios. Porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia. Y así como está sometida á Cristo (*esto fué antes de comenzar sus adulterios: ahora es Cristo el que está sometido á la Iglesia y le sirve de reclamo*), así lo están las esposas al marido EN TODO. (¡Oh beatas: cómo os embaucan los confesores!)

Y á los maridos les prescribe esta ley de amor infinito: amar hasta la muerte, hasta el patíbulo:

«Vosotros, maridos, amad á vuestras mujeres como Cristo amó á la Iglesia y murió por ella. Amadlas como á vuestros propios cuerpos. El que ama á su mujer, á sí mismo se ama, porque nadie aborreció jamás su carne... Por esta dejará el hombre á sus padres y se allegará á su mujer y serán dos en una carne: ¡sacramento admirable! (Efes. V, 22, 23).»

Reverencia infinita: amor infinito: he aquí una ley perfecta.

Pero aquí debe advertirse otro gatuperio de la Iglesia, que llama sacramento al contrato; falseando la doctrina de San Pablo, que llama sacramento admirable, grande, inefable, al acto de la unión carnal. ¡Ahí está el gran misterio, el gran acto de la Religión y de la Naturaleza, el sublime símbolo del amor cristiano, de la cópula entre Dios y la Humanidad.

Lo dicho á los de Efeso, lo repite condensadamente á los de Colosas, en donde lacónicamente codifica la ley para toda la familia: «casadas, someteos á los maridos; maridos, amad á vuestras

mujeres y sed dulces con ellas; hijos, obedeced EN TODO á vuestros padres (incluso cuando mandan huir de la Iglesia y apedrearla) porque esto agrada al Señor; padres, no encijéis ni amilanéis á vuestros hijos... sabiendo que recibiréis el galardón de Dios. (Colos. III, 18, 24).

Como se ve, este es el culto, amarse; este es el templo, el hogar; esta es la religión, servirse. ¡Todo es santo: el matrimonio, el padre, la madre, el hijo, la familia; Dios en medio de ellos; Dios embebecido contemplando la paz de sus amores.

Pero no se contentó con esto el apóstol. Penetró el lecho conyugal, ese lugar horrible para la Iglesia, y allí puso su ley:

«Tenga cada varón su esposa y cada mujer su marido; páguense fielmente el tributo conyugal, tanto él como ella, pues ni la mujer es dueña de su cuerpo ni del suyo el marido, sino que pertenecen al consorte. Y cuidado con hacer fraude de imponeros abstinencias, como no sea por mutuo convenio y por corto tiempo y aun solo si lo demanda el embarazo para orar mejor, en cuyo caso volveréis luego á vuestro deber. Esto os lo digo, no como mandato, sino como consejo. (I. Cor. VII)

He aquí computado todo un sistema de moral sexual, completamente contrario al sostenido por la Iglesia.

Que la perfectamente delineado el pecado y la virtud, seguidos del premio y del castigo. Es ley dogmática y penal, fija y rajante.

Y ¡plástima que luego el apóstol lo embrollase del modo que veremos!

S. PEY ORDEIX

(Se continuará)

Bautizo negado

Un matrimonio muy pobre de Val de Santo Domingo, tuvo un hijo.

Trató de bautizarlo, y se encontró con que el representante de Dios en la tierra le pidió adelantado el importe del sacramento.

Contestóle el padre que no lo tenía en aquel instante, pero que hiciera el favor de cristianar á su hijo, que ya procuraría reunirlo y dársele.

Y el buen pastor de almas, recordando sin duda aquello de

Si quieren que el ciego cante, vaya la paga delante,

negóse á remojarle al chico el occipucio. Esto me indica que ese cura no tiene gran fe en la eficacia del bautismo.

Porque, vamos á ver: si muere ese niño de repente, y al llegar al cielo no le abren las puertas por no estar bautizado, ¿de quién habría sido la culpa? Del cura solamente.

Gracias á que eso de que haya cielo no está averiguado todavía, como lo demuestra con su conducta el cura ese. Si él creyera que lo había, no se portaría de ese modo.

Comprendo que cada cual vive de su oficio, y que ahora, al entrar el invierno, necesitamos las personas, y hasta los curas, proveernos de prendas de abrigo. Lo que no comprendo es que

se comprometa así el porvenir eterno de un niño, por no cobrar el cura el importe de un sacramento, que apenas si alcanzará para comprarse un par de calcetines decentitos.

¡De lo que depende á veces que un niño entre ó no en la gloria! ¡De que sus padres tengan ó no a mano tres ó cuatro pesetas y de que haya un cura que necesite calcetines, ó camiseta ó zapatos de orillo!

Aquí del cantar:

Dentro de la misma Iglesia
tenemos el desengaño:
por interés del dinero
hacen á un moro cristiano.

Desbarajuste en la enseñanza

Altamemadas

Para echar abajo todo lo existente, se publicó el Real decreto de 25 de Agosto último, después de una larga y penosísima gestación con que se probó que el autor de ese engendro llegaba á ser árbitro de los destinos de la enseñanza pública sin tener concepto cabal de cómo había de dirigir, encauzar y reformar el departamento á cuyo frente se le colocaba por cábalas ocultas.

Ese Real decreto cambia completamente la forma de provisión de escuelas, ingreso y ascenso de su profesorado, y ese cambio tan radical está hecho con tan poca aprensión, con tan poco respeto hacia los derechos adquiridos, que trunca la carrera de todos los maestros, y hay más de 25 000, y les dice: «Los esfuerzos de toda vuestra vida, todos los méritos y servicios acumulados en vuestra hoja profesional, vuestras oposiciones, vuestros sacrificios, todo, todo queda anulado; donde os encontráis ahora, allí os quedáis, y de hoy en adelante, seréis seres petrificados, sin que podáis ascender, ni mejorar en vuestra profesión».

Así sentencia el flamante director á los que no han hecho delito; así establece un nuevo estado de derecho con efectos retroactivos á la larga vida de todo maestro; con menoscabo y lesión de todo lo que creó la ley que se echa abajo, que se deroga con un Real decreto caprichoso, torpe, y revelador del poco talento y de la fe púnica, y de la osadía de sus autores y colaboradores.

Muchos maestros se atreven á quejarse, se aprestan á la defensa de sus intereses y se dirigen á sus atropelladores pidiéndoles respeto para sus derechos, que son el sostén y porvenir de los hijos, y que habían adquirido al amparo de las leyes.

Por ejemplo, varios maestros de las escuelas de Valencia manifiestan al ministro que ellos vienen muchos años prestando servicios en la afueras de la capital, contribuyendo con su trabajo, con su vecindad, con sus familias á que aquellos poblados prosperen en riqueza, en cultura, en población, y esperando que ese aumento mejore su sueldo, sus medios de vida, conforme les ha prometido la legislación de Moyano desde muchos años atrás, y conforme han ido mejorando todos sus compañeros de profesión que servían escuelas

como las suyas, y aún más distantes del centro del distrito escolar ó de la capital, según prueban con una larga lista de Reales órdenes, fundaméntadas en el artículo 191 de la ley de 9 de Septiembre de 1857.

«La nueva legislación, vienen á decirle al ministro esos maestros, la reforma ó pseudo reforma del Sr. Altamira destruye nuestra carrera y pedimos que se respeten nuestros derechos. Si el ministro no quiere quitar efectos retroactivos al Real decreto de 25 de Agosto, que nos equipare al menos á los llamados «auxiliares desdoblados» (tecnicismo del director asturcalicantino fraseólogo correcto y atildado) los cuales, por el artículo 73 de ese decreto consiguen lo que nunca les ofreció la legislación anterior al mismo, ó sea que cada dos años irán adquiriendo un ascenso.»

Pero la «superioridad» del Sr. Altamira, que seguramente no piensa cumplir ese artículo 73, más que en la persona de unos cuantos amigos, dice á los maestros valencianos por pluma de los escribientes del Sr. Gimeno: «Vuestras influencias no me conmueven, y vuestras razones no me satisfacen; por tanto «me es imposible establecer excepciones á lo dispuesto en el Real decreto de 25 de Agosto».

Tengan por seguro esos maestros valencianos que si sus «influencias» supieran pedir, conseguirían lo que en justicia y legalidad reclaman; pero... si el recomendante acepta las argucias contestadas, la justicia queda pisoteada y el ofensor aún se pavonea con aires de puritanismo.

Pero consuélenase los maestros valencianos, porque si se les recompensara con los efectos del artículo 73 de la flamante reforma, se quedarían, dada la fe púnica que reina hoy en el ministerio de Instrucción Pública, sin compensación alguna, porque ese artículo 73, sólo se cumple con los auxiliares de Barcelona, de Málaga, etc., protegidos de Giner de los Ríos (D. H.) y otros caciques institucioneros; mientras que los auxiliares de Madrid, á pesar del «desdoble» y de haber seguido inspiraciones Altamiranas, se quedan como los maestros valencianos: á la luna de su tierra.

Y para que no se crea que exageramos al decir que unos auxiliares quedan desdoblados y otros no, léase la siguiente Real Orden que llena de rubor el rostro al considerar «la plenitud de los tiempos krausistas», al considerar que ya nuestro ministerio de Instrucción Pública concede derechos á los maestros que los compran, pagando de su peculio propio el local y el material de la enseñanza: He!a aquí:

«Vista la instancia de D.^a María Guadalupe Colchero Navarro, auxiliar de la Escuela de niñas de Aznalcázar, en la que solicita el desdoble de la auxiliaría que desempeña, y visto así mismo el informe favorable de la Inspección de primera enseñanza.

Esta Dirección general, teniendo en cuenta que dicha auxiliar se compromete á pagar el local necesario y costear el menaje y material preciso para atender á las enseñanzas, ha resuelto autorizar la conversión de dicha auxiliaría en Escuela desde esta fecha. Dios guarde á V. S. muchos años.—Madrid 29 de Septiembre de 1911.—ALTAMIRA. Señor Rector de la Universidad de Sevilla.»

¡¡¡Qué vergüenza!!! ¡Se conceden dos

ascensos por el importe del alquiler y el material de una escuela!

Leyendo estas cosas nos explicamos por qué vienen de Alicante algunos caballeros particulares á traer la recaudación de «perras gordas», recogidas entre «artesanos, cigarreras y obreros del muelle» para pagar la condecoración y la lápida de Altamira..

No se haga ilusiones el agasajado. Esos recursos populacheros, como los de su viaje por el «otro mundo», cuya historia verdadera pensamos publicar, son muy gastados y muy cursis. Un amigo, ó un estómago agradecido, con una peseta, con un duro, con cinco duros, presenta una lista de diez cigarreras, de cincuenta artesanos, de doscientos cincuenta obreros del muelle ó pescadores.

Pero ¿á que no presentan esos amigos listas de catedráticos, ni tal vez de maestros, aunque de éstos hay veinticinco mil y pueden fingirse nombres impunemente?

Pues el honor para usted, excelso alcantino, sublime Altamira, sería recoger «perras» de catedráticos y maestros; pero de cigarreras y marineros... ¡Eso son Altamemadas!

Los Jesuitas

Salteadores, asesinos, ladrones y foragidos en cuadrilla

Informe del General Matías de Angles, corregidor de Potosí. Habla de los misioneros jesuitas.

«No tienen los españoles más enconados y alevosos enemigos, que los dichos judíos misioneros; y son tantos los ejemplares de las traiciones y mortandades que efectúan en los que hallan descuidados y en los pasajeros; y tan frecuentes los robos y violencias que han practicado y practican con los vecinos del Paraguay, y los de la Ciudad de las Corrientes, que fuera necesario mucho tiempo y desembarazo para referir sus maldades y violencias; pero son tan notorias á todos los españoles de aquellas partes, que el común concepto, tedio y horror que tienen á tales judíos, excusa la expresión, que pudiera hacer en este particular; y solo diré que en el tiempo que he andado por aquellas partes, han ejecutado con los españoles tres ó cuatro casos de suma crueldad, atrevimiento y rigor.»

(Documentos oficiales. Imprenta Real.—Ejemplar de la Biblioteca Arús, de Barcelona.)

FANATISMO

I

El *jaunac* Blas de Jaungoicoechea es el santón de la comarca. La austeridad de sus costumbres, su religiosidad, su carácter serio y circunspecto hace que los sencillotes caseros le consideren como un gran patricio digno de todo respeto. Su cara y su aspecto es de pocos amigos; es alto, de anchos hombros, fornido, de movimientos rudos, de andar pesado y balanceado como el de los patos; el levitón negro, al andar le va dando en las corvas de puro holga-

do, y el sombrero de copa, echado hacia atrás, deja ver una cara morena, dura y fría, y unos ojos pardos que miran bisojo como si buscasen la punta de la nariz.

Don Blas es muy rico; tiene seis ó siete caseríos, mas un crecido número de acciones del ferrocarril del Norte, del cual fué uno de los primeros accionistas; pero es avaro, y á pesar de sus miles de duros sufre las mismas privaciones que el último de sus colonos.

Como habrás adivinado ya, Mariacho, el tal D. Blas es uno de esos infelices que creen á ojos cerrados que los liberales son esclavos del demonio. Pudiera decirte también que no falta quien asegure que se cartea con don Jaime, aunque yo lo dudo, porque si sabe coger una pluma, es para escribir en letras góticas algo que él cree de buena fe español, pero que para el que lo lea resulta griego. Lo que sí puedo asegurarte es que durante la última guerra civil fué consejero privado de D. Carlos, lo cual le costó mucho dinero, que D. Blas ha cargado, como es natural, el capítulo de obras pías.

II

Aunque D. Blas no parecía ver más allá de sus narices, no dejó de ver cierto día, en uno de sus paseos solitarios, á una garrida moza, que con la herrada á la cabeza venía de la fuente. Yo no sé qué atractivos encontró en la joven; lo cierto fué que por primera vez en su vida pensó que debe ser muy agradable tener por mujer una buena moza. Quería casarse, por lo menos aquel día; porque sí, porque tenía ese capricho; y no se anduvo por las ramas, sino que pensó que lo más acertado era irse derecho al padre de la muchacha y sin rodeos pedirle la mano de la joven.

Atónito el casero, no supo al principio qué contestar; luego, pensando en la gravedad del caso, decidió preguntar á su hija, y él mismo llevarle la contestación. D. Blas salió satisfechísimo del casero, frotándose las manos y entonando *sotto voce* un latínajo.

La muchacha, al saber la petición de D. Blas, se quedó haciendo cruces: después soltó la carcajada, y afirmó rotundamente que aunque la aspasen no se casaría con el vejeterorio. ¡Si las pocas veces que se lo encontró en el camino le dió miedo y risa á la vez!

El caso es que su padre comprendía que la muchacha tenía razón y no se esforzó en convencerla. ¿Pero qué iba á contestar á D. Blas?

Había ya fumado cuatro pipas sin encontrar solución al grave problema, cuando estando atiforrando la quinta, una idea atravesó por su cerebro, semejante á un rayo de sol que se cuela por una rendija en una habitación oscura.

Sabía que D. Blas profesaba odio mortal á los liberales, y conocido su flaco, él, aunque no era ni liberal ni carlista, ni maldito lo que se le daba ser lo uno ó lo otro, decidió confesar al timorato D. Blas sus ideas políticas *per accidens*.

III

D. Blas no tuvo paciencia para aguardar la contestación, y él mismo, cuando menos lo esperaban, se presentó en el caserío.

Sin cumplidos cogió una silla, se

sentó, y mirando con aire protector al padre y á la hija, preguntó con tono burlón:

—Vamos á ver, ¿cuándo es la boda? Ante aquella impertinencia, el casero se indignó y contestó:

—Mi hija no puede casarse con usted, *jaunac*.

D. Blas de un salto se puso en pie, y en actitud amenazadora repuso:

—¿Y eso por qué?

El casero estuvo á punto de responder: «porque no me da la gana»; pero acordándose de pronto de la autoridad y de la influencia que D. Blas tenía en la comarca, sintió temor, y queriendo atenuar algo su primera brusquedad, contestó humildemente:

—Por un motivo muy grave.

—¿Qué! ¿tiene novio? No importa, me caso con ella.

Al oírle la muchacha tuvo intenciones de levantarse y abofetearlo.

—Más grave es el motivo, *jaunac*, más grave.

—¿Qué es? ¿que soy viejo, feo?—preguntó furioso silbando;—no importa; soy rico, muy rico, y quiero casarme con la chica, porque me gusta, ¿no entiende usted?

El casero, aturrido, viéndole tan furioso, repuso balbuceando:

—No, no es eso; es un motivo muy grave, mucho.

—Suéltalo de una vez...—y estuvo á punto de decir una barbaridad; tanta era la cólera que le dominaba.

—Pues bien, *jaunac*; yo soy...

—Ya lo sé, eres pobre—le interrumpió D. Blas.

—Soy liberal—repuso con dignidad el casero, levantándose y cuadrándose ante D. Blas.

Este se quedó mirando, atónito, sin saber qué contestar.

—Sí, *jaunac*—siguió el casero, alentado por el efecto que sus palabras habían causado;—soy liberal, muy liberal.

—¿Tú—exclamó por fin D. Blas—¡tú eres liberal! ¡Insensato! ¡Y yo, yo quería casarme con tu hija, con la hija de un liberal! Jamás, aunque fuese más hermosa que... ¡pero qué atrocidad!

Y confundido, amedrentado, salió á escape del casero, mientras que padre é hija celebraban el suceso con grandes carcajadas.

J. L. B.

Justicia que parece injusticia

En su *Teatro Crítico Social del siglo XIX* censura D. Modesto de Lafuente la organización de los tribunales y el sistema carcelario de nuestro bienaventurado país. Acompañan al texto dos curiosas láminas, separada cada cual por una línea de alto á bajo y llevando al pie su correspondiente inscripción. Representa la primera en ambas mitades el mismo hombre, y dice el letrado: *Le prenden y llevan al presidio correccional*.—A los siete años sale muy corregido; era antes ladrón, y ahora es ladrón y asesino. Representa la segunda un mismo hombre también; sólo que á la izquierda aparece joven, con este rótulo: *Le prenden por sospechas y le encierran en la cárcel*. ¡Pobre mozo! En el lado derecho se le ve ya encorvado, con la barba blanca y el rostro surcado de arrugas;

el letrado dice:—*Resulta inocente y le ponen en libertad*. ¡Desventurado anciano!

Dichas así, parecen ambas afirmaciones cosa de broma, fantasías de un chusco para distraer á sus lectores con fingidos contrastes y más ó menos ingeniosas ocurrencias. Pero los que conocen el paño, no las consideran como bromas, sino como tristes realidades únicamente adecuadas para deshonorar al pueblo donde suceden y se toleran. Todos saben que los mismos penados llaman á la cárcel y al presidio EL COLEGIO; palabra terrible, que encierra toda la censura de nuestro sistema carcelario. Con efecto, en el colegio se perfecciona el ladrón en la manera de robar y trama nuevos delitos; y el que hirió ó mató á uno, sale dispuesto á repetir su hazaña cuantas veces pueda.

Respecto de lo segundo, referiré brevemente un suceso de que fui testigo. Es cierto y verdadero en todas sus partes; lo relato y me abstengo de comentarios para que cada cual los forme según su juicio.

Hace no mucho tiempo que vivía en Madrid un hombre, de apellido Rubio. Dedicábase á vender las alhajas y ropas, que para tal fin le confiaban sus dueños, con cuya industria y el trabajo de su mujer, habilísima planchadora, iba sacando adelante su casa y sus cuatro hijos. En los muchos años que llevaba de vendedor en comisión habían pasado por sus manos joyas de gran valor y sumas considerables, sin que al dar sus cuentas faltase nunca ni una moneda, ni el menor objeto de los confiados á su honradez. Todos los vecinos le conocíamos y estimábamos; era lo que vulgarmente se llama *un infeliz*, un hombre bueno desde los pies á la cabeza, afable y humilde: ni jugaba, ni bebía, ni fumaba siquiera. Su familia le amaba de corazón; no tenía un sólo enemigo, pues á nadie hacía sombra; ni era capaz de ofender á una hormiga.

Un día su pobre mujer baja del sotabanco desmelenada y llorosa, y recorre los diferentes cuartos de la casa, diciendo á los vecinos que su marido no pareció ayer en todo el día, ni por la noche siquiera; ¡él, tan puntual, tan ordenado en sus costumbres! ¿Le habríais dado algún accidente repentino? ¿Estaría en el hospital? ¿Le habríais atropellado algún carruaje? ¿Estaría herido, quizá muerto? Los vecinos intentaron calmarla; pero ella volvió á subir, se echó un mantón sobre los hombros, bajó atropelladamente la escalera y se lanzó á la calle.

Por la tarde regresó con la noticia de que su marido estaba preso. ¡Preso! exclamó un viejo coronel retirado, que vivía en el segundo piso. No puede ser. ¡Si ese hombre es más bueno que el pan! ¿Pero qué ha hecho, qué ha sucedido, de que le acusan?

—Señor, no lo sé; no he podido hablarle, porque me han dicho que de orden del juez está excomulgado.

—¡Caracoles! ¿Que es eso de excomulgado? María, tú querrás decir que está incomunicado. ¿Entiendes?

—Eso es, sí señor; incomunicado.

Después se supo con indignación y sorpresa el motivo de la prisión de Rubio. Era por sospechas de complicidad en un robo considerable.

—¿Cómo! ¿Rubio ladrón? Si me lo di-

ce el mismo Papa, no lo creo; exclamó al oír la estupenda noticia.

Para mí era tan absurda como un buey volando, ó un cordero despedazando á un perro de presa. Todos los vecinos eran de igual parecer. Decidimos gestionar la libertad del preso, y no logramos nada. Rubio seguía en la cárcel; los días iban pasando y las semanas también, y luego los meses. Al par que la tristeza y la desesperación, la miseria entró en su casa. La pobre María cayó enferma. Nunca un mal viene solo. La niña mayor, preciosa muchacha de diez y siete años, se mataba cosiendo á la máquina desde el amanecer hasta muy entrada la noche. Pero ¿qué vale una gota de agua para una tierra sedienta? ¿Cómo había de sostener á toda una familia el trabajo de una jovencita que además cuidaba á su madre? ¿Y el médico y las medicinas? ¿Y las mil cosas necesarias, indispensables en tal situación, y que todas ellas cuestan bastante dinero?

Por desgracia ninguno de los vecinos era rico, aunque sí de buena voluntad. El compasivo veterano mandó al panadero que subiese al sotabanco el pan que necesitasen; otros ayudaron algo también; pero es muy difícil con escasos recursos atender á una urgencia diaria. María se levantó por fin de la cama; parecía un esqueleto; apenas podía mantenerse de pie. Su hija entonces, rendida y agotada por el incesante trabajo, empezó á escupir sangre; primero poca, después á borbotones. Aquella flor no pudo resistir la tempestad. En cuatro semanas ó poco más falleció de tisis galopante. No ya una delicada niña; un hombre hercúleo sucumbe al excesivo trabajo, si las penas lo acompañan.

Días antes había llegado del pueblo el único hijo varón de María, honrado jornalero, que al ver el estado de su casa, pensó en silencio sacrificarse, y como lo pensó lo hizo. Era un mozo robusto, de veintidós años; se vendió como soldado para Cuba, entregó á su madre lo que le dieron y partió para aquella mala funesta, sepulcro de los españoles. No ha vuelto á saberse de él; es probable que tengan alguna noticia suya el vómito, la fiebre, ó las balas de los filibusteros.

..

A los trece meses Rubio fué declarado inocente. Antes de abrirle la reja de la cárcel, exigiéronle por no sé qué derechos tres ó cuatro duros. No los tenía. Un alma piadosa los pagó, y al fin la víctima pudo respirar el aire libre. Ya no era el mismo hombre. Cuando le prendieron tenía cincuenta años, y aparentaba cuarenta y cinco; ahora con cincuenta y uno estaba agobiado, macilento, triste; cualquiera le hubiese creído un anciano de setenta. Refirió con lágrimas sus padecimientos en la prisión, metido y revuelto entre desalmados criminales. De naturaleza pacífica, sin la energía suficiente para tener á raya los barateros y matones, fué muchas veces objeto de su barbarie y malos tratamientos. Hacíanle barrer, limpiar, traer el agua, y todos le mandaban despóticamente como si fuera esclavo de todos.

En un pueblo civilizado, al conocer la justicia su error, de que había sido víctima un inocente, hubiera procura-

do indemnizarle en lo posible, como acaba de suceder ahora en Francia con otros procesados; pero aquí los tribunales no tienen responsabilidad alguna, sobre todo, tratándose de pobres desvalidos.

Al contrario, cuando quiso Rubio volver á su tráfico anterior, la sombra infame de la cárcel le perseguía como su propia sombra. Nadie le confiaba joyas para la venta; ¿quién se fía de un hombre que ha estado preso, acusado de ladrón? Además, no tenía ya la actividad, ni la salud de antes; parecía siempre distraído; estaba como aplinado. Inútilmente su buena mujer y algunos amigos trataron de animarle. Estaba muerto por dentro, y poco después acabó de morir. Descanse en paz.

..

Cuando oigo hablar de los tribunales de justicia, recuerdo la historia del infeliz Rubio. Entonces alguna vez he dicho, con asombro de los que me escuchaban, que prefiero el procedimiento ejecutivo de los pueblos bárbaros, en donde sin papel sellado, ni dilaciones, ni socaliñas de la curia, se da libertad al acusado ó se le corta la cabeza; pero no se le asesina con lentitud, no se le envilece, no se entrega al dolor, á la desesperación y la miseria su familia, para después de largo tiempo declararle INOCENTE.

NARCISO CAMPILLO

La obra de la religión

Cuando queráis saber de la prosperidad de un pueblo, no preguntéis por su cultura, ni por su industria, ni por su comercio; preguntad por su religiosismo. La fe en lo sobrenatural está en razón inversa con la libertad y prosperidad de los pueblos. La religión es en las nacionalidades florecientes lo que la higuera de la fábula en la tapia que le diera abrigo: concluye por hundirlas.

Si la Humanidad no hubiera creído nunca en lo sobrenatural y providente, más feliz habría sido y sería; no flando sino en sus propias fuerzas, habría gastado su tiempo y su energía en la consecución de aquello que se dió á esperar del favor divino.

No pretendemos formular el tremendo juicio que nos merecen las religiones, sino decir algo acerca de su influencia sobre la entidad individual y social HOMBRE.

La fe, que nace de la ignorancia y se desarrolla con la enfermedad, halló en el ayuno continuado, que aún practican en la India los fakires, en las flagelaciones, en el cilicio, el solitarismo y la suciedad, elementos afirmadores; y al enfermar los cuerpos, enfermaron también los espíritus.

Ingenuamente lo confiesa Santo Tomás de Aquino, queriendo decir lo contrario: *Mens sana, in corpore sano.* Antaño estaba la ciencia secuestrada por la religión, y era empleada por los sacerdotes en beneficio propio. Así se explica que el cristianismo esté plagado de preceptos científicos encaminados á robustecer la fe.

El proyecto de los explotadores de la farsa religiosa, era hacer de la Humanidad un rebaño de inconscientes, en

quienes, por medios patógenos, se había exaltado la fantasía con perjuicio de las demás facultades, la razón y la voluntad especialmente.

La historia presta á veces grandes servicios á los hombres. A no ser por ella, quizás no podríamos escribir hoy: LOS SACERDOTES DE TODOS LOS TIEMPOS Y DE TODAS LAS RELIGIONES HAN SIDO UNOS EMBAUCADORES PERFECTOS.

Los griegos y los romanos, en sus días de decadencia, diéronse á vivir lo mejor posible, riéndose alegremente de las divinidades. Los ilotas y los esclavos, que no constituían pueblo todavía, compararon su vivir misérrimo, con el fastuoso de nobles y ricos, y acaso pensaron: «¿Por qué esto?». Y sucedió lo natural: que se perdió la fe en los dioses, y se hundió el paganismo á pesar de sus bellezas perfectamente humanas.

El descreimiento de los de arriba infiltróse en el alma de los de abajo, alma dolorida, alma enferma por la esclavitud en que vivía; y un poco por la necesidad de creer en algo con apariencia de verdad, y otro poco por sed de venganza contra los poderosos, se aferró á la religión naciente, que había recorrido ya el mundo, yendo de su patria—China—á la India, de aquí á Grecia, de Grecia á Egipto, desde donde, llevada por los hebreos, aquel pueblo errático y cadáver, fué á enterrarse, para conspirar contra los dioses divinos de mármol y los Césares, en las catacumbas y cuchitriles de los barrios miserables de Roma.

Maestros admirables en el arte de conspirar debieron ser los padres de la Iglesia de Cristo. Quisieron apoderarse del poder, y midieron sus fuerzas con las del tirano. Comprendieron que no podían luchar sin el concurso de los oprimidos, y el lograrlo les fué fácil cosa.

La población paupérrima de plebeyos y esclavos de Roma era enteramente cosmopolita; sus odios y rencores eran los mismos; sus creencias, diversas en la forma: reunit en un sólo culto á todos, era ofrecer el medio de venganza anhelado por los dolientes: el milagro podía hacerse.

Y se hizo. Por eso véense formando el cristianismo fragmentos del culto á Budha, á Cretas, á Serapis, á Mitra, á Apolo y más que no nombro, y el principio común á todas las religiones de origen hindú: «todos somos hermanos»; es decir, todos somos iguales.

Y el cristianismo triunfó. ¡Ojalá no triunfara! Para la Humanidad es siempre preferible un Nerón á un Cristo. Su triunfo fué algo así como una montaña colosal de andrajos, de hambres voluntarias, de llantos, de jirones de piel, de aborrecimiento del vivir, que detuvo el carro del progreso. Y así, ante el obstáculo enorme, estuvo una porción de siglos.

¿Qué podía esperarse de aquellas multitudes, que decían de la vida que era un valle de lágrimas; de la carne, que era su enemigo; que confiaba todo á la voluntad de Dios y ensoñaba ansiosa con la vida de ultratumba; que lo olvidó todo, la ciencia, el arte, la industria, todo, menos rezar y batallar!

He aquí la obra de la religión: obra desmoralizadora, corruptora del tipo natural HOMBRE. Para final:

Así donde es menor el fervor religio-

so, los hombres hacen más que esperan, y son por ello más felices y más ricos, ya que la prosperidad de los pueblos ni es obra de Dios ni de los gobernantes, sino de todos los ciudadanos; en cambio sí lo es la decadencia.

JULIO GÓMEZ DE FABIÁN

Zaragoza.

Valor intrínseco

Visitaba un jesuita, en compañía de un ateo, una hospitalaria ermita que había en el Pirineo.

Allí, junto á un San Antonio, veíase á un Niño Dios, y algo más allá al demonio, del mismo metal los dos.

El jesuita admirando el genio del escultor, preguntó medio llorando del diablo y Dios el valor.

—No sé—dijo el ermitaño;—mas son del mismo metal ambos, y de igual tamaño... debieron costar igual.

—¿Ve usted—dijo con cinismo el ateo impertinente—cómo vale Dios lo mismo que el demonio exactamente?

A. RENATO

Sevilla.

COSAS QUE HE DICHO

El gobierno, dicen, está seriamente dispuesto á extinguir la mendicidad. ¿Cómo? Persiguiendo á los mendigos. ¿No sería mejor ahorcarlos? El que nada tiene, ni siquiera talento para robar, no es digno de vivir en esta sociedad de ladrones, incubada al calor de la restauración.—1889.

El judío Baüer ha dado un baile al que asistieron muchos conservadores A mestizos, católicos, apostólicos, romanos, entre ellos Pidal.

La leyenda de las treinta monedas se convierte en realidad á los diecinueve siglos.

Y conste que lo digo desde el punto de vista de ellos; desde el mío, el judío es tan hombre como cualquiera, menos cuando presta á réditos muy crecidos.—1889.

A los niños del Hospicio les hacen llevar en hombros al cementerio los cadáveres de sus compañeros.

Aquí sí que no cuadra aquello de: «haz con otro lo que quieras que hagan contigo»; por tanto, debería evitarse á los niños ese trabajo.—1885.

IMPRESA DOMINGO BLANCO, - LIBERTAD, 31